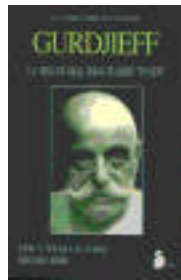


# LA CUESTIÓN MATERIAL



**G. I. GURDJIEFF**

---

La Cuestión Material fue escrito por G.I. Gurdjieff. Forma parte de "Encuentros con Hombres Notables", aunque es una obra aparte y con sentido propio.

La escuela de Gurdjieff "El Cuarto Camino" publicó mucho material sobre diferentes temas, aunque obviamente todos rondaban sobre lo mismo: el autoconocimiento. "La Cuestión Material" habla de cómo Gurdjieff se ganaba la vida a nivel económico, pero contiene muchas enseñanzas prácticas.

Enrique C.

## LA CUESTIÓN MATERIAL

El 8 de abril de 1924 se abrió en Nueva York una filial del Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre. Con ese motivo varios amigos del señor Gurdjieff y algunos de sus alumnos franceses organizaron en su honor una cena en un restaurante ruso.

Después de la cena, la mayoría de los comensales acompañaron al señor Gurdjieff a casa de Miss R..... en su departamento de la calle 49. La conversación se reanudó, con el café y los licores que había podido conseguir el Dr. B.....: y prosiguió hasta la hora del desayuno, en la mañana siguiente.

El señor Gurdjieff hablaba con la ayuda de sus intérpretes, el señor Lilyantz y la señora Versilovsky, y contestaba nuestras preguntas que, casi todas, se referían a problemas filosóficos.

Durante una breve interrupción, mientras comíamos sandías de Buenos Aires que, en esa época del año, eran una rareza hasta en Nueva York, el doctor B.... propietario de un gran sanatorio muy de moda y que tenía fama de ser un hombre práctico, se volvió hacia el señor Gurdjieff y le preguntó a quemarropa:

-¿Podría usted decirnos, señor, cuáles son los medios de existencia de su Instituto y cuál es, más o menos, su balance anual?

La respuesta del señor Gurdjieff tomó, para gran sorpresa nuestra, la forma de un largo relato. Como ese relato revelaba un aspecto insospechado de la lucha que debió llevar a todo lo largo de su vida, emprendí la tarea de reconstituirlo tan fielmente como me fuese posible, tal como lo contó ese día.

Consulté también a otros discípulos que habían escuchado

que antes a ganar dinero. Lo que estoy diciendo ahora tal vez despierte profunda perplejidad en la mayoría de ustedes, Americanos, a quienes se considera actualmente en toda la tierra como incomparables *businessmen*. Se preguntarán ustedes cómo me fue posible ganar tan fácilmente sumas seguramente importantes, y deben tener la sensación de que se trata poco más o menos de una fanfarronada de mi parte.

Y por cierto los comprendo; esto les parecerá harto extraño. Para que puedan explicarse, aunque aproximadamente, cómo pude lograrlo y de dónde me viene tal audacia, hay que precisar que antes del período mencionado me había ocupado a menudo de asuntos comerciales o financieros y que era considerado por cuantos estaban relacionados conmigo como un temible hombre de negocios.

Pero quiero hablarles un poco de la educación que recibí en mi infancia y que me parece hoy, con la experiencia y la autoridad que adquirí, corresponder de muy cerca al ideal que se formó en mí sobre ese particular. En efecto, gracias a ella pude antaño - y aún puedo hoy, en caso de necesidad - suplantar a cualquier hombre de negocios, y tal vez a uno de ustedes, *businessmen* americanos.

Darles ahora algunos detalles sobre esa educación es por otra parte muy oportuno, ya que nos hemos reunido para festejar la apertura de una institución cuya meta fundamental es el *desarrollo armónico del hombre*, institución que se apoya en datos experimentales acumulados en el curso de largos años y verificados con cuidado por mí, un hombre que sacrificó su vida personal casi por entero al estudio del problema vital de la educación, que se ha vuelto hoy tan angustioso, y quien, formado por hombres de conciencia normalmente desarrollada, pudo adquirir la capacidad, cualesquiera fueran las circunstancias, de mostrarse siempre imparcial.

La más fuerte de las influencias intencionales que se ejercieron sobre mí fue la de mi padre, que tenía una manera muy personal de entender la educación.

Hubiera podido escribir un libro entero sobre los métodos educativos, directos e indirectos, que derivaban de su original concepción.

Apenas aparecieron en mí las señales de una comprensión más o menos justa, empezó entre otras cosas a relatarme toda clase de cuentos fantásticos, que siempre terminaban con una serie de aventuras cuyo héroe era cierto carpintero cojo llamado Mustafá, que sabía hacer de todo y, hasta un día había fabricado un sillón volador.

Por ese medio y otros artificios del mismo estilo, mi padre hacía crecer en mí, al mismo tiempo que un vivo deseo de parecerme a ese hábil carpintero, la necesidad irresistible de fabricar siempre algo nuevo.

Mis juegos de niño, hasta los más comunes, estaban embellecidos por la imaginación que tenía de ser alguien que nunca hacía las cosas como todo el mundo, sino de una manera muy especial.

La tendencia, aún confusa, que mi padre había inculcado indirectamente en mi naturaleza desde mi más temprana edad, debía precisarse tanto más cuanto que en mi juventud tuve como primer maestro a un hombre cuyas miras y métodos educativos armonizaban bien en ciertos aspectos con esta disposición, de suerte que sin dejar de cumplir con mis obligaciones escolares, me ejercitaba en varios oficios bajo su dirección personal.

La característica principal del método educativo de mi primer maestro era la siguiente: apenas se daba cuenta de que empezaba a gustarme y me familiarizaba con un oficio, me obligaba a abandonarlo por otro.

Como lo comprendí mucho más tarde, tenía como finalidad no hacerme aprender así toda clase de oficios, sino desarrollar en mí el poder de superar las dificultades que presentaba cualquier trabajo nuevo.

Y de hecho, desde ese tiempo, todo trabajo tomó para mí sentido e interés, no en sí, sino únicamente en la medida en que no lo conocía y no sabía cómo hacerlo.

Así, por sus ideas originales en materia de educación, esos dos hombres que conscientemente - o hasta inconscientemente, no importa- habían tomado la responsabilidad de prepararme para la edad responsable hicieron germinar en mi naturaleza una propiedad subjetiva que se desarrolló poco a poco en el curso de mi vida y terminó por fijarse en la forma de una tendencia constante al cambio repetido de ocupación. Así adquirí, aunque sólo fuese por automatismo, una aptitud a la vez teórica y práctica para tener oficios o comercios variados, y también mi comprensión creció a medida que se ensanchaba mi horizonte en diversos dominios del saber.

Hasta agregaré que si hoy se me reconoce en diferentes países como hombre que posee verdadera competencia en numerosos campos, lo debo en parte a esta primera educación.

En efecto, esa educación justa desarrolló en mí desde mi más temprana edad una ingeniosidad, una amplitud de visión y, sobre todo, un sentido común que me permitieron, a partir de todas las informaciones que coseché intencionalmente o accidentalmente en el curso ulterior de mi vida, captar la esencia misma de cada ciencia, en lugar de almacenar ese fárrago inconsistente a que lleva en el hombre contemporáneo el empleo generalizado de ese monstruoso método de *aprender de memoria*.

Así pues, muy temprano en la vida estuve bien armado y capacitado para ganar fácilmente el dinero necesario para cubrir mis necesidades inmediatas. Sin embargo, como muy joven aún llegué a interesarme en fenómenos que ponían en tela de juicio el sentido y la razón de ser de la vida, y como prestaba a la comprensión de estos problemas toda mi atención y todo mi tiempo, no consideraba esta capacidad de ganar dinero como la única meta de la existencia -como la consideran los hombres modernos y, en particular, ustedes los Americanos, cuyos esfuerzos "conscientes" o instintivos apuntan todos a esa meta-, y no recurría a ella sino en la medida que me era indispensable para ganarme el sustento y cumplir con las tareas que me había fijado.

Nacido de padres que no eran ricos y, por lo tanto, no hallándome a salvo de la penuria, tuve a menudo que ganar ese dinero, realmente despreciable y maléfico. para hacer frente a los gastos más urgentes. Sin embargo, ganar dinero nunca me tomó mucho tiempo, ya que la ingeniosidad y el sentido común desarrollados por esa educación hacían de mí, en cualquier situación, un zorro viejo como el que más.

Como ejemplo típico de esa ingeniosidad contaré un episodio de mi vida, y diré cómo, para ganar una sencilla apuesta, abrí un día de improviso un taller verdaderamente original.

Los pormenores de esta historia tal vez alarguen un poco mi relato, pero creo que gracias a ese maravilloso licor -maravilloso, sea dicho de paso porque fue fabricado no en las condiciones acostumbradas, sino en una vieja barcaza, frente a las costas americanas- no les parecerá demasiado fastidioso.

Sucedió justo antes de la última gran expedición a través del Pamir y la India organizada por la sociedad que habíamos formado, con el nombre de *Cofradía de los Buscadores de la Verdad*, de la cual formé parte desde el primer día.

Unos dos años antes de la partida de esa expedición. Los miembros de la cofradía decidieron fijar como punto de reunión la ciudad de Tchardyui, en Transcaspiana. Todos aquellos que pensaban participar en la expedición debían hallarse allí el 2 de enero de 1900, y desde ese lugar remontar primero el curso del río Amu-Daria.

Aún me quedaba bastante tiempo antes de esa fecha, empero no lo suficiente para emprender un largo viaje. Estaban entonces en Alexandropol donde acostumbraba pasar breves temporadas en casa de mis padres. Después de pasar con ellos el tiempo que les había reservado, en lugar de ir lejos como generalmente lo hacía, me quedé en el Cáucaso y viví ya en Alexandropol, ya en Bakú.

En esa época iba a menudo a Bakú, porque entonces existía en esa ciudad una sociedad compuesta sobre todo de Persas, que estudiaban la antigua magia, y de la cual fui por largo tiempo miembro correspondiente.

Los sucesos que dieron origen al episodio que me propongo contarles ocurrieron precisamente en Bakú.

Un domingo fui al bazar. Confieso que siempre tuve debilidad por los paseos en los bazares orientales, y cuando pasaba por un lugar donde había uno, no dejaba de ir. Me gustaba mucho escudriñar en los baratillos, donde siempre esperaba descubrir alguna rareza.

Había comprado ese día un bordado antiguo e iba a salir del mercado de trapos, cuando vi a una joven, bien vestida pero con aire muy triste, que vendía algo.

Todo indicaba que no era una cambalachera profesional, y que sin duda vendía su mercancía por necesidad. Me acerqué y vi que vendía un fonógrafo Edison.

La expresión de pena en los ojos de esa mujer despertó en mí la compasión; y aunque tenía muy poco dinero, compré, sin tomarme el tiempo de reflexionar, esa máquina inútil con todos sus accesorios.

Transporté ese fardo hasta el hospedaje de caravanas donde vivía, abrí la caja y hallé muchos cilindros, rotos en su mayoría. Entre los intactos, sólo algunos estaban grabados, los otros estaban vírgenes.

Permanecí en Bakú algunos días más.

Mi dinero llegaba a su fin, y debía pensar en constituir otra vez mis reservas.

Una sombría mañana, estaba sentado en la cama antes de vestirme y reflexionaba en lo que debía hacer cuando mi mirada cayó por azar sobre el fonógrafo. Me vino la idea de sacarle provecho e inmediatamente establecí un plan de acción.

Liquidé todos mis asuntos, y el mismo día tomé el primer barco para la Transcaspiana, adonde llegué veinticuatro horas después.

En la ciudad de Krasnovodsk confié a mi fonógrafo la tarea de ganar dinero para mí.

Hay que decir que el fonógrafo era aún desconocido en esa región; por primera vez se veía allí semejante maravilla.

Ya dije que con el fonógrafo había algunos cilindros vírgenes. No tardé en conseguir un Tekki, músico ambulante a quien hice cantar y tocar varias de las canciones favoritas de los habitantes del lugar, y para el resto de los cilindros yo mismo conté algunas anécdotas picantes en turcomano.

Luego añadí dos tubos acústicos a los cuatro que ya se hallaban en el aparato y fui con el fonógrafo al bazar, donde inauguré mi original tienda.

Fijé el precio en cinco kopeks por audífono, y ya se imaginarán ustedes el resultado si les digo que en toda la semana, especialmente en los días de mercado, muy raras veces se encontraba un audífono desocupado, ni siquiera por un instante. Todas esas monedas de cinco kopeks representaban al final del día una entrada seguramente superior a la de la empresa más importante del lugar.

Después de Krasnovodsk partí para Kizil-Arvat, donde me vinieron a buscar varias veces para llevarme con mi "máquina" a casa de ricos Turcomanos en los *aúles* (aldeas) vecinos. Por ese tipo de "giras", recibía importantes cantidades de *tianguí*. Una vez hasta me ofrecieron dos excelentes alfombras tekkis.

Luego de cosechar otra vez más una redondita suma, tomé el tren con la intención de seguir ese comercio en Ashjabad pero, en el camino encontré por casualidad a uno de los miembros de nuestra cofradía con quien hice una apuesta, lo que puso bruscamente fin a mi carrera fonográfica.

La compañera a quien acababa de encontrar era la inimitable e intrépida Vitvitskaia, siempre vestida con ropas de hombre. Había participado en todas nuestras expediciones peligrosas hasta los confines de Asia, Africa, Australia y las islas vecinas.

También debía tomar parte en la expedición proyectada. Como aún tenía varios meses por delante, había resuelto ir desde Varsovia hasta Andiyán para visitar a su hermana, la que estaba casada con un representante de la firma Poznanski, y descansar un poco en espera de la fecha de reunión en Tchardyuy.

Durante el viaje tuvimos largas conversaciones y, entre otras cosas, le hablé de mis últimos oficios.

No recuerdo cómo ni a propósito de qué empezó la discusión; en todo caso terminó en una apuesta de acuerdo con la cual yo debía ganar cierta suma en condiciones muy precisas y en un lapso bien determinado.

Ella, por su parte, lo tomó tan a pecho que decidió quedarse conmigo para ver cómo saldría del paso, y hasta tomó la decisión de ayudarme. En vez de seguir hasta Andiyán, me acompañó a Ashjabad.

Debo admitirlo, la ardua tarea que acababa de asumir me encendió con el fogoso deseo de triunfar a toda costa, y hasta ir más allá de las condiciones establecidas.

Preparé inmediatamente un plan general de acción, y para empezar redacté el siguiente anuncio:

## EL TALLER AMBULANTE UNIVERSAL

de paso por aquí

se detendrá por muy poco tiempo

"Apresúrense en hacer sus encargos y traer cuanto tengan para reparar o transformar.

"Reparamos máquinas de coser, máquinas de escribir, bicicletas, gramófonos, cajas de música, aparatos eléctricos, fotográficos, médicos y otros; lámparas de gas y de petróleo: relojes, todos los instrumentos de música; acordeones, guitarras, violines, taris, etc.

"Reparamos cerraduras y armas de toda clase.

"Reparamos, transformamos, enchapamos y barnizamos cualquier mueble, sea en nuestro taller o a domicilio.

"Reparamos, barnizamos y afinamos todos los pianos, verticales o de cola, y los armonios.

"Nos encargamos de instalaciones y reparaciones de alumbrado eléctrico, timbres y teléfonos.

"Arreglamos y cambiamos la tela de los paraguas.

"Reparamos juguetes de niños, muñecas y artículos de caucho de toda clase.

"Lavamos, limpiamos y zurcimos alfombras, chales, tapices. pieles, etc.

"Sacamos toda clase de manchas.

"Restauramos cuadros, porcelanas y todos los objetos antiguos.

"El taller tiene una sala de galvanoplastia bien equipada para dorar, platear, broncear, niquelar y oxidar.

"Estañamos todo. Estañado y niquelado de samovares en 24 horas.

"Tomamos encargos para bordados de toda clase, en punto de cruz, al pasado, con felpilla, plumas, perlas y lana.

"Ejecutamos cualquier pirograbado, en madera, cuero y tela.

"El taller acepta encargos para toda clase de modelos de yeso y alabastro: estatuillas, animales domésticos y salvajes, frutas, etc., y también se encarga de hacer mascarillas mortuorias.

"Realizamos encargos de flores artificiales en cera, miga de pan, terciopelo y papeles de color para ramilletes, guirnaldas, sombreros de damas y ramilletes para la solapa de padrinos de boda.

"Caligrafiamos, imprimimos, ilustramos e iluminamos las tarjetas de visita, de cumpleaños y las invitaciones.

"Aceptamos encargos de corsés y bragueros y transformamos los viejos en nuevos.

"Confeccionamos sombreros de señoras según los últimos modelos de París.

"Etc., etc. "

Apenas llegado a Ashjabad conseguí dojamiento y obtuve permiso de la policía para imprimir y distribuir los anuncios. Al día siguiente, alquilé en el centro de la ciudad un local para el taller, compuesto de una espaciosa tienda que daba a la calle y dos cuartos pequeños al fondo; además había una especie de cobertizo y un pequeño patio.

Después de comprar las herramientas indispensables, montar apresuradamente una pila Bunsen y transformar unas cubetas viejas en cubas de galvanoplastia, colgué encima de la entrada un gran letrero que, con letras rojas sobre tela blanca, decía:

TALLER AMERICANO AMBULANTE  
AQUÍ POR MUY POCO TIEMPO  
FABRICA, TRANSFORMA Y REPARA TODO

Al día siguiente, cuando los avisos estuvieron listos, pegué una buena cantidad en las paredes con ayuda de un pilluelo y distribuimos el resto al público.

Y entonces empezó todo.

A partir del primer día se inició un desfile de Ashjabadianos, trayendo cosas para arreglar.

¡Señor! ¡Qué es lo que no llevaron!

¡Una cantidad de cosas que nunca había visto, y de las que ni siquiera había oído hablar!

En verdad había de todo, desde aparatos para arrancar canas y máquinas para sacar los huesos de las cerezas para hacer mermelada hasta molinos de sulfato de cobre para empolverar las zonas de transpiración del cuerpo, y planchas especiales para alisar pelucas.

Es menester tener algún conocimiento de las condiciones locales para poder representarse mejor el cuadro.

Esa parte de la Transcaspiana y la región limítrofe del Turquestán no comenzaron realmente a poblarse sino desde hace algunas décadas, y han surgido ciudades nuevas, a menudo en la vecindad de las antiguas. De manera que hoy casi todas las ciudades se componen de dos partes: la antigua ciudad asiática, como se la llama, y la ciudad rusa, situadas una al lado de la otra, cada una con su propia vida independiente.

La población de esas ciudades nuevas incluye Armenios, Judíos, Georgianos, Persas, pero especialmente Rusos, en su mayoría funcionarios o viejos militares que hicieron su servicio en la región.

Gracias a las riquezas naturales del país y a la honradez de la población, preservada aún de la civilización contemporánea, los recién llegados se enriquecieron rápidamente, pero debido a la ausencia de toda influencia cultural por parte de los dirigentes que, a su vez, sólo eran advenedizos ignorantes, siguieron siendo tan incultos como antes de emigrar. Así pues, frente a un comercio ya floreciente al que debían su fortuna, nada fue previsto para desarrollar sus facultades intelectuales, como tampoco, claro está, sus conocimientos técnicos.

La civilización europea, que se propagaba por doquier, apenas había tocado esos territorios, y los únicos fragmentos que recibían a través de periódicos y revistas, no les llegaban sino en forma desfigurada, dadas las fantásticas exageraciones de los redactores que, en general y particularmente en Rusia en aquella época, eran incapaces de comprender, ni siquiera aproximadamente, las informaciones que les eran transmitidas.

Según la peculiaridad propia de todos los advenedizos de imitar cuanto está *de moda* -en este caso todo lo europeo- los Ashjabadianos buscaban las nociones sobre la cultura y la moda en libros y periódicos rusos que sólo daban una imagen deformada, especie de caricatura a la vez cómica y entristecedora para un observador imparcial.

Así, en plena prosperidad material, pero sin ninguna huella de cultura, aun elemental, los habitantes de esa región, al igual que los niños empezaron a echárselas de gente civilizada.

En ningún otro lugar se seguía tanto la moda: en todos los dominios cada cual se sentía obligado, en cualquier circunstancia, a mostrar que estaba "al día". Por eso se afanaban en comprar o en hacerse enviar de todas partes los inventos más recientes, y por lo general todo cuanto convenía a la vida de un *gentleman* culto, o por lo menos lo que se podía saber de aquella vida por la propaganda de los periódicos.

Conocedores de este punto débil, los comerciantes extranjeros, sobre todo los Alemanes, los inundaban con cantidades de mercancías inútiles o que se deterioraban muy rápidamente.

La farsa iba tan lejos que se hubiera podido encontrar entre los artículos publicitados una máquina especial para encender las cerillas comunes.

Como la mayoría de las cosas que traían eran baratijas o se estropeaban el primer día, y como no había ningún taller técnico en el lugar, nada familia apilaba montones de objetos descompuestos.

Había otra razón por la cual había tantas cosas que reparar. En aquella época, en Oriente, y sobre todo en Rusia asiática, existía la costumbre de no desechar nunca lo que se había adquirido y no venderlo jamás cuando los objetos no tuvieran utilidad o se cayeran en pedazos. Tampoco hubiera sido posible encontrar a alguien que los comprase. Además el hábito de guardar trastos viejos en recuerdo de algo o de alguien estaba muy desarrollado. Y en todas las casas los desvanes y cobertizos rebosaban de una asombrosa mezcolanza de cosas inútiles que se transmitían de padres a hijos.

Por eso, al anunciarse un taller donde se reparaba cualquier cosa, sólo el diablo sabe lo que me llevaron, en la esperanza de resucitar y poner en servicio objetos sin uso desde hacía mucho tiempo, como el sillón del abuelo, los anteojos de la abuela, la balalaika del bisabuelo, el reloj de la bisabuela, el estuche de viaje regalado por el padrino, la cobija bajo la cual había dormido el Obispo cuando vino a visitarlos, la Estrella con la que el Cha de Persia había gratificado al padre, etc., etc.

Yo lo reparaba todo.

Ni una sola vez me sucedió que me viese obligado a rechazar algo o devolverlo sin componer.

Hasta cuando me ofrecían una suma ínfima que no justificaba el tiempo empleado en la reparación, yo la emprendía, siempre que el objeto fuese nuevo para mí, ya que me interesaba no en la ganancia sino en la dificultad de la ejecución.

Fuera de los objetos realmente deteriorados o inutilizables, me traían gran cantidad de artículos nuevos que no funcionaban por la única razón de que sus dueños eran incapaces de utilizarlos, dada su ignorancia y falta de nociones técnicas aún elementales; en suma, por su estupidez.

En aquel tiempo, los últimos inventos, tales como las máquinas de coser, bicicletas, máquinas de escribir, se difundían por doquier a una velocidad frenética.

Encargaban y compraban esas novedades con entusiasmo; pero por falta de conocimientos técnicos y carencia de algún especialista en la región, al menor tropiezo se desechaban.

Les citaré algunos ejemplos característicos de esa ignorancia y candor, de los que confieso haberme aprovechado deliberadamente, sin tener por ello el menor remordimiento de conciencia.

Recuerdo como si fuese ayer que un Armenio gordo y rico, acompañado de su hija, un día vino a verme, resoplando y sudando, arrastrando tras sí una máquina de coser para arreglarla. Me dijo que la había comprado recientemente para el ajuar de su hija, durante una estadía en la feria de Nijni-Novgorod.

Al principio, me decía, la máquina era una "verdadera maravilla"; no se cansaba uno de admirarla por lo rápido y bien que cosía. Pero de repente, sin ton ni son, para su gran decepción, la máquina empezó a "marchar hacia atrás".

Examiné la máquina y la encontré en perfecto estado.

En algunas máquinas de coser hay, como lo saben ustedes, al lado de la palanca que regula la costura, otra palanca que sirve para cambiar la dirección, es decir que al moverla se invierte el sentido de la marcha de la tela. Evidentemente, alguien sin darse cuenta, había tocado la palanca de suerte que la tela en lugar de ir hacia delante, ahora iba hacia atrás.

Me di cuenta inmediatamente que para reparar la máquina era suficiente poner otra vez la palanca en su lugar. Hubiera podido, por supuesto, arreglarlo todo en un instante, pero al darme cuenta que tenía que habérmelas con un redomado bribón de Armenio y al enterarme por su charla de que comerciaba en pieles de caracul, no dudé -pues conocía muy bien a esa clase de individuos- que para llenarse los bolsillos había engañado a más de uno de esos Tekkis o Bukarianos confiados como niños, y resolví pagarle en la misma moneda. Le conté, pues un cuento de padre y señor mío sobre la clase de daño sufrido por la máquina, pretendiendo que era necesario cambiar varios piñones para ponerla en buen estado y no dejé de abrumar con insultos a esos canallas de fabricantes de hoy.

En suma, le saqué doce rublos con cincuenta kopeks, prometiéndole reparar la máquina en tres días.

Desde luego, no acababa de salir por la puerta cuando la máquina ya estaba lista, numerada y colocada entre los artículos terminados.

Otro ejemplo: Un oficial entró un día en el taller y me dijo con aire de mucha importancia:

"Ve a la oficina del Comandante de la Región y dile al empleado principal que yo le ordeno -dicho sea de paso los oficiales rusos en aquel tiempo nunca abrían la boca sino para dar órdenes- que te muestre las máquinas de escribir. Cuando las hayas visto me dirás qué es lo que no funciona."

Y salió como había entrado.

Su tono imperativo y fuera de lugar me sorprendió, y para decirlo en una palabra, me exasperó. Resolví ir, primero para saber con qué clase de pájaro tenía que entendérmelas y también quizás para hallar el medio de hacerle una jugarreta de mi propia cosecha -lo cual, debo confesarlo, siempre me divertía, pues sabía con aire cándido e inocente castigar la impudencia en forma muy venenosa.

Fui ese mismo día a su despacho, me presenté al secretario jefe y le expuse la razón de mi visita. Supe entonces que el cabo en persona era quien había venido a verme.

Mientras examinaba las máquinas de escribir, que eran tres, el charlatán de secretario, con quien gracias a un cigarrillo y un cuento picante sobre la vida de los oficiales me había hecho amigo, me explicó lo siguiente:

-Estas máquinas, que acaban de llegar de San Petersburgo, funcionaron al comienzo perfectamente; pero de pronto la primera, luego la segunda y por fin la tercera se descompusieron en la misma forma: la cinta dejó de correr. Cada uno a su vez, el cabo, el intendente y los otros, habían tratado de componerlas, pero por más intentos que hicieron nadie pudo lograrlo. Y desde hacía tres días, de nuevo, los documentos se escribían a mano.

Mientras hablaba, yo estaba examinando las máquinas y ya me había dado cuenta de qué se trataba.

No sé cuál será el sistema de las máquinas de escribir de hoy, pero en aquella época, la cinta corría en algunas máquinas por la acción de un resorte colocado detrás de la máquina en una caja especial, y haciendo girar esa caja se daba cuerda al resorte.

Como la cinta corría lentamente, el resorte, que era bastante fuerte, necesitaba mucho tiempo para aflojarse; pero aún así había que ajustarlo de tanto en tanto.

Era evidente que al ser entregadas las máquinas se dio a los resortes toda la cuerda, pero luego se habían aflojado con el tiempo y necesitaban sencillamente que les dieran otra vez cuerda. Pero ese sistema de dar cuerda sin llave ni manivela era difícil de adivinar para aquel que no estuviese al corriente.

Claro que me guardé de decir nada a los secretarios, pero acepté la invitación a cenar, y después de comer a expensas del gobierno una buena sopa de coles con *kasha*, regresé a casa en mi bicicleta, un velocípedo antediluviano que ya no tenía neumáticos.

Esa misma noche el cabo volvió a verme y, con su tono importante, me preguntó "Entonces. ¿lo encontraste? ¿Por qué esas máquinas tan nuevas no andan?"

Hacia mucho tiempo ya que me había convertido en un viejo zorro en el arte de desempeñar un papel. Di pues a mi rostro la expresión que los verdaderos actores llaman *timidez respetuosa y deferencia confusa* y comencé en términos redundantes, extraídos de diversas obras técnicas rusas, a ponderar la perfección de ese sistema de máquinas en todos sus aspectos, salvo en uno, donde un cambio a decir verdad serio y complicado, era desdichadamente indispensable.

En cuanto al trabajo por hacer, lo calculé aproximadamente en una cuarta parte del precio de las mismas máquinas.

Al día siguiente las máquinas, en perfecto estado, fueron llevadas solemnemente a mi taller, por una patrulla completa encabezada por el cabo.

Las recibí inmediatamente y luego anuncié con la mayor seriedad que de ninguna manera podrían estar listas antes de diez días. Muy contrariado, el cabo me rogó las reparase lo más pronto posible, puesto que el trabajo de la oficina estaba suspendido casi por completo.

Después de discutir mucho terminé por consentir en trabajar de noche y entregarles una primera máquina al cabo de dos días; pero en compensación le pedí que diera órdenes a sus hombres para que trajeran las sobras de la pitanza del regimiento a los tres lechones que acababa de comprar y de instalar en mi patiecillo.

Dos días después la máquina estaba "lista" y prometí las demás para fines de semana.

Además de las gracias y de dieciocho rublos que recibí por cada reparación, los soldados trajeron todos los días comida para mis "niños de pecho" y los cuidaron durante los tres meses que pasé en Ashjabad, a cuyo término mis lechoncitos ya se habían convertido en enormes cerdos.

Desde luego, expliqué a los secretarios lo que había que hacer cuando se aflojase el resorte, pero no por eso parecieron comprender en qué había consistido mi "reparación".

Ese mismo tipo de farsa se repitió más tarde en Merv. Donde trasladé mi taller y proseguí el mismo trabajo, durante dos meses.

Un buen día el inspector del liceo —o del colegio local, no recuerdo bien— vino para pedirme que arreglase una máquina eléctrica destinada a experimentos de física.

Tratábase de esa trivial máquina llamada "estática" que arroja chispas al hacerla girar y que, no sé por qué, cada escuela en aquel tiempo consideraba un deber poseerla.

En sus famosas lecciones llamadas de física, los profesores, en forma pomposa y como si celebraran un rito, realizaban con ayuda de esa máquina "demostraciones" que consistían sencillamente en hacer girar los discos y obligar a los muchachos a tocar, uno tras otro, las bolas de las botellas de Leyden: las muecas de dolor que aparecían en sus caras provocaban entonces risas incontenibles que esos pedagogos calificaban de "excelentes factores para la digestión".

El inspector había pedido esa máquina y la había recibido, desarmada, de la firma alemana Siemens & Hatske, de San Petersburgo. Con la ayuda de profesores, colegas suyos, habían montado las diferentes piezas de acuerdo con las instrucciones del prospecto, pero a pesar de tantos esfuerzos, no lograron sacarle una sola chispa. Finalmente, se vio obligado a recurrir a mi taller.

Inmediatamente me di cuenta de que todo estaba en orden, con excepción de dos discos que formaban la parte principal de la máquina, y cuya posición respectiva no era del todo correcta. Había que aflojar un poco el tornillo del eje y desplazar ligeramente uno de los discos; era asunto de un minuto. Pero obligué a ese venerable pedagogo, que enseñaba a los demás lo que el mismo ignoraba, a venir cuatro veces a mi taller y pagar diez rublos con setenta y cinco kopeks con el fin de recargar las botellas de Leyden que para nada lo necesitaban...

Casos parecidos se repetían casi cotidianamente mientras tuve mi taller. Siempre servicial con los pobres, no consideraba pecado aprovecharme de la tontería de los que, sin mérito alguno y únicamente gracias a la "inteligencia" del lugar, cuando desde el punto de vista de la inteligencia verdadera, estaban muy lejos de valer tanto como la población local que les estaba subordinada.

Pero el negocio más original y al mismo tiempo más provechoso fue el de los corsés.

En esa época, en París, la moda de los corsés cambió bruscamente; después de llevarlos muy altos, empezaron a llevarse muy cortos.

Ese nuevo capricho de la moda ya era muy conocido allí gracias a los periódicos; pero los corsés mismos aún no estaban en venta en esas regiones tan apartadas, y muchas mujeres me llevaban sus viejos corsés para pedirme si no sería posible ponerlos a la última moda.

Ese negocio de los corsés fue sencillamente para mí oro en barras. He aquí por qué:

Un día que tenía que acortar y ensanchar el corsé de una Judía gorda cuya cintura estaba en vías de desarrollo progresivo, tuve necesidad de cierta cantidad de ballenas. Después de mucho buscar, mientras me hallaba una vez más en una tienda que no las tenía, el dependiente me aconsejó comprar sencillamente un corsé pasado de moda que, según decía, el patrón me cedería sin duda por el precio de las ballenas. Me dirigí pues al patrón.

Mientras regateaba con él, maduró en mi cabeza otro plan y le compré no un corsé, como lo tenía pensado, sino todos los que tenía en la tienda, o sea sesenta y cinco corsés viejos y pasados de moda, a razón de veinte kopeks cada uno, en lugar del precio habitual de cuatro o cinco rublos. Después de lo cual me apresuré a comprar corsés en todas las tiendas de Ashjabad, pagándolos aún más barato, puesto que todos estaban encantados de ceder a bajo precio una existencia de artículos inutilizables.

No me detuve ahí, sino que al día siguiente mandé en recorrida al padre de mis aprendices, un viejo Judío, con instrucciones de comprar corsés pasados de moda en todas las ciudades situadas a lo largo de la línea del ferrocarril de Asia Central, mientras que yo mismo, armado con simples tenazas y tijeras, me ponía a fabricar corsés a la moda.

Eso se hacía muy sencillamente: primero trazaba una línea con lápiz a lo largo de las partes donde debía efectuar el corte, dejando un buen margen arriba y uno más pequeño abajo, luego rompía las ballenas con las tenazas y cortaba a lo largo de la línea marcada. Después de lo cual, las jóvenes que trabajaban conmigo bajo la dirección de Vitvitskaia, deshacían la cinta del ribete, la cortaban y la recosían alrededor de los corsés recortados. No quedaba sino ensartar la mitad del antiguo cordón, y el *corsé mignon* a la última moda de París, estaba listo para la venta. Fabricamos de ese modo un centenar de corsés por día.

Lo más gracioso fue que los comerciantes, luego de enterarse de la metamorfosis de sus viejos corsés, se vieron obligados, ante la gran cantidad de pedidos, a comprármelos a regañadientes, no ya por diez o veinte kopeks, sino por el precio de tres rublos cincuenta cada uno.

Imagínense ustedes: compré y revendí así en las ciudades de Krasnovodsk, Kisyl-Arvat, Asltjabad, Merv, Tchardyui, Bucara, Samarkanda y Tachkent, más de seis mil corsés.

Tal éxito, fuera de proporción con la escala de la empresa, no provenía solamente de la ignorancia e ingenuidad de la abigarrada población del lugar, ni tampoco de mi ingeniosidad o de mi capacidad de adaptación a condiciones de cualquier clase, sino más bien de mi actitud despiadada hacia ciertas debilidades, tan presentes en mí como en todo ser humano y cuyo conjunto constituye lo que se llama pereza.

Es interesante observar que durante ese período se produjo en el funcionamiento de mi presencia general un proceso por completo incomprensible desde el punto de vista de la ciencia ordinaria, y que debía repetirse más de una vez en el curso de mi vida. Este proceso se traducía por una regulación especial del tiempo de carga y descarga de la energía que me permitía casi dejar de dormir, durante varias semanas y, a veces, hasta meses enteros, al mismo tiempo que daba muestras de una actividad que, lejos de disminuir, por lo contrario, se aceleraba.

La última vez que ese estado reapareció, me interesé tanto en el fenómeno que éste no tardó en tomar para las partes conscientes de mi presencia una importancia igual a la de ciertos interrogantes, que llevaba en mí desde hacía tiempo y cuya solución se había convertido en la meta y la razón de ser de mi existencia.

Hasta tengo la intención, cuando haya arreglado los asuntos relativos al programa fundamental del Instituto y tenga otra vez la posibilidad de consagrar la mitad de mi tiempo a intereses subjetivos, de poner en el primer plano de mis preocupaciones la elucidación de ese problema.

Esta particularidad, todavía incomprensible para mí, del funcionamiento general de mi organismo en esa época de mi vida, aparecerá claramente en la situación que voy a describir.

Durante todo el día había un raudal ininterrumpido de clientes, más parlanchines los unos que los otros, que me traían sus viejos objetos rotos o venían para buscar los que ya estaban reparados, de tal suerte que pasaba la mayor parte de los días recibiendo y entregando encargos. Aprovechaba los escasos momentos de respiro para salir corriendo a comprar los repuestos y los diversos materiales necesarios. Por esa razón el trabajo se efectuaba sobre todo de noche.

Durante toda la duración del taller tuve que dividir mi tiempo en la siguiente forma: el día para los clientes, la noche entera para mi trabajo.

Debo decir que en esta coyuntura fui ayudado considerablemente por Vitvitskaia que, muy rápidamente, llegó a ser experta en trabajos de toda clase y se arreglaba a las mil maravillas para cambiar la tela de paraguas, transformar los corsés y los sombreros de señoras y especialmente para confeccionar flores artificiales. Además, los dos hijos de mi viejo Judío se ocupaban, el mayor en limpiar y pulir los artículos para la galvanización, el menor en hacer los mandados y encender y cuidar el fuego de la forja.

Hasta el final también me ayudaron, y a fe mía bastante bien, seis jovencitas pertenecientes a familias patriarcales del lugar, a quienes sus padres, deseosos de asegurarles una "educación completa", enviaron a mi taller universal para que se perfeccionasen en trabajos finos de costura.

Aún al principio, cuando sólo éramos cuatro personas, se tenía la impresión al ver la cantidad de trabajo realizado, que en los fondos del taller se afanaban varias decenas de especialistas competentes.

Por supuesto, encima de la puerta de entrada a la trastienda, se había colocado un letrero indicando que la entrada estaba estrictamente prohibida al público.

En Ashjabad mi taller duró tres meses, en cuyo tiempo gané casi siete mil quinientos rublos. ¿Saben ustedes lo que representaba tal suma entonces? Como punto de comparación es preciso recordar que el sueldo de un



funcionario medio era de treinta y tres rublos con tres kopeks, por mes, y con esa suma no sólo un soltero sino hasta una familia entera con una caterva de hijos, se las arreglaba para vivir. El sueldo de un oficial superior, que era de cuarenta y cinco a cincuenta rublos, era considerado como muy importante y el sueño de todo joven era llegar a ganar otro tanto.

La carne costaba entonces seis kopeks la libra, el pan de dos a tres kopeks, las uvas de buena calidad, dos kopeks. A razón de cien kopeks por rublo, siete mil quinientos rublos representaban una verdadera fortuna.

Durante ese período se presentó la ocasión, en varias oportunidades, de ganar aún más realizando negocios fuera de mi trabajo. Pero la apuesta tenía como condición la de no emplear otros medios que los trabajos manuales y las pequeñas combinaciones comerciales que de ellos derivarían inevitablemente de cuando en cuando, y ni una sola vez sucumbí a la tentación.

Había ganado la apuesta desde hacía mucho tiempo y logrado ganar en Ashjabad cuatro veces más dinero de lo convenido, no obstante lo cual resolví continuar el negocio en otra ciudad.

Casi todo ya estaba liquidado. Vitvitskaia se hallaba en casa de su hermana y yo mismo me disponía a salir tres días después para Merv.

Sin duda, después de lo que acabo de contarles, tendrán ustedes una idea suficiente de lo que quería hacerles comprender con este relato, o sea que ese rasgo específico del psiquismo general del hombre, del que ustedes los Americanos se han hecho un ideal y que llaman la libra comercial, también existe y mucho más potente (con tantas fibras que ustedes no poseen) entre los pueblos que viven en otros continentes.

Sin embargo, para presentarles un cuadro más completo de mis actividades en aquella época, les hablaré también de una astuta combinación comercial que realicé precisamente antes de mi partida de Ashjabad.

Debo decirles que poco después de haber abierto el taller, anuncié también que compraría objetos viejos de toda clase. Lo hacía por dos razones. Primero, muchas veces se necesitaban piezas nuevas para las reparaciones; ahora bien, yo había agotado muy rápidamente las reservas de las tiendas como también la de los ropavejeros de los mercados, donde conseguía objetos deteriorados cuyas piezas eran aún utilizables y que recuperaba. En segundo lugar, tenía la esperanza, como frecuentemente sucedió, de descubrir entre los artículos que me llevaban o que compraba a domicilio algo raro y precioso.

En suma, también me había convertido en cambalachero.

Uno de los últimos días antes de mi partida, encontré en el bazar a un Georgiano que había conocido en la región de Tiflis, donde tenía a su cargo el restaurante de una de las estaciones del ferrocarril transcaucasiano y que ahora era proveedor titular del ejército. Me propuso la compra de unas viejas camas de hierro que le sobraban.

Esa misma noche fui a su casa. Bajamos al sótano para ver las camas, pero reinaba allí un olor tan terrible que era imposible aguantarlo. Las examiné apresuradamente y salí a la carrera, y sólo cuando estuvimos en la calle hablamos del precio. Supe entonces que el olor provenía de veinte toneles de arenques que había comprado en Astrakán para la mesa de los oficiales. A la entrega de los dos primeros toneles, el encargado, al abrirlos, encontró que los arenques estaban descompuestos y los rechazó; el Georgiano, temiendo perder su reputación, no se atrevió a ofrecerlos en otra parte. Los llevó a su casa, los depositó provisionalmente en el sótano y los olvidó. Sólo ahora, después de tres meses cuando los arenques impregnaban toda la casa con su olor, había resuelto desprenderse de ellos lo más pronto posible.

Lo que más le fastidiaba no era sólo haber perdido el dinero con los arenques, sino lo que tendría también que pagar para que los llevase el basurero, si no quería que la comisión sanitaria olfateara el asunto y le impusiera una multa.

Mientras me hablaba, mi pensamiento, como siempre en tales casos, trabajaba activamente y me preguntaba si no sería posible encontrar una combinación cualquiera para sacar provecho de este asunto.

Me puse a calcular:

"Tiene veinte toneles de arenques dañados y todo eso debe ser tirado. Pero los toneles vacíos no valen menos de un rublo cada uno. Ojalá pudiera yo hallar la manera de que los vaciaran por nada... De lo contrario, el transporte me va a costar casi tanto como el precio de los toneles. ¿Qué hacer?"

De repente se me ocurrió que los arenques, sobre todo arenques podridos, podrían muy bien servir de abono. Y pensé: "Ya encontraré un jardinero que se alegre de conseguir por nada este excelente abono y que, en compensación, vacíe los toneles, los lave y me los lleve al taller. Luego de haberlos ahumado podré venderlos sin demora, pues es tan grande la demanda de toneles que en menos de media hora me habré ganado unos veinte rublos. Y todos sacaremos nuestro provecho, hasta el Georgiano que perdió con la mercancía pero que, al menos, no tendría que pagar el transporte."

Luego de reflexionar de esta suerte, dije al Georgiano: "Si me rebaja todavía un poco el precio de las camas, me las arreglaré para que el transporte de los toneles no le cueste nada." Aceptó y le prometí que al día siguiente lo libraría de esa fuente de infección.

Una vez pagadas las camas, las cargué en mi carreta, como también un tonel de arenques que deseaba mostrar a un jardinero o a un tonelero. Llegados al taller, descargamos y depositamos todo en el cobertizo.

Era la hora en que el viejo Judío, padre de mis aprendices tenía la costumbre de venir a charlar, o también a veces de ayudar a sus hijos.

Me había sentado en el patiecillo y fumaba un cigarrillo, cuando de repente se me ocurrió la idea de darles arenques a mis cerdos, y sin explicarle nada, le pedí al viejo que me ayudase a abrir el tonel.

Al destaparlo, mi viejo Judío se inclinó para husmear el olor; se le iluminó inmediatamente el rostro y exclamó: "¡Caramba, éstos sí que son arenques! ¡Jamás los he visto iguales desde que estoy en este maldito país!" Yo estaba perplejo. Como había vivido la mayor parte del tiempo en Oriente, donde no se comen los arenques, nunca podía saber si por casualidad los comía, si eran buenos o malos -para mí todos olían igualmente mal-. Por lo tanto no podía hacer otra cosa que fiarme de la opinión del viejo Judío, tanto más cuanto que antes de ser carnicero, había atendido otrora en su país, en Rostov, una tienda donde vendía pescado.

Sin embargo, no me dejé convencer enseguida y le pregunté si no se equivocaba en cuanto a la calidad de los arenques. Herido en lo más hondo, contestó: "¿Equivocarme yo? ¡Jamás de los jamases! Son arenques maravillosos, de los verdaderos..." No recuerdo qué nombres les dio.

Como tenía aún mis dudas, le dije que había comprado por casualidad toda una existencia y que, en mi país, era buen presagio si desde el desembalaje, la mercadería hallaba comprador: era señal de que la venta sería buena. Teníamos pues, que vender sin esperar más, aunque sólo fuera algunos arenques. Y le pregunté si no podía encargarse de este menester enseguida. Yo quería comprobar de esa manera si lo que había dicho el viejo era cierto, y obrar en consecuencia.

Cerca de mi taller vivían muchos Judíos, tenderos en su mayoría. Ya era de noche y estaban cerrando las tiendas. Precisamente enfrente de mi casa vivía un tal Friedmann, relojero. Fue el primero a quien llamaron. Compró inmediatamente una docena de arenques, pagando sin regatear quince kopeks por par. El siguiente fue el dueño de la farmacia de la esquina, quien compró sin titubear cincuenta arenques.

Por el tono regocijado de esa gente comprendí que mi buen viejo tenía razón. Al día siguiente, al despuntar el día, alquilé carretas y transporté todos los toneles a casa, con excepción de los dos que ya habían sido abiertos, cuyo contenido estaba realmente dañado y de donde provenía aquel terrible olor. Estos los hice arrojar en la basura.

Resultó que los dieciocho toneles restantes contenían arenques, no sólo buenos, sino de excepcional calidad. Evidentemente, tanto el encargado del comedor como el comerciante Georgiano nativo de Tiflis, donde no gustan los arenques, tenían sobre ese particular los mismos conocimientos que yo; por su olor peculiar habían creído que los arenques estaban estropeados, y el Georgiano había dado todo por perdido.

Pues bien, en el lapso de tres días, con la ayuda del viejo Judío a quien pagaba medio kopek por arenque, de lo que se mostraba muy satisfecho, los arenques se vendieron al por mayor y al menudeo.

Como entretanto había liquidado mis demás asuntos, invité al Georgiano a la gran cena de despedida que di la víspera de mi salida. En la mesa, le conté cómo se había desarrollado el negocio, y sacando el dinero, le ofrecí compartir mi ganancia: pero el Georgiano, ateniéndose a un principio comercial muy practicado, tanto en Transcaucasia como en Transcaspiana, rechazó mi proposición, declarando que al cederme la mercancía estaba convencido de que no valía nada y que si las cosas sucedieron de otra manera, era sencillamente un golpe de fortuna para mí y de infortunio para él, y que consideraba deshonesto aprovecharse de mi bondad.

Aún más, al día siguiente, cuando me puse en camino para Merv, encontré en el vagón, junto con mi equipaje, una bota de vino enviada por ese Georgiano.

Pasaron varios años, plenos de aventuras, de riesgos e imprevisiones en cuyo transcurso trabajé sin descanso para reunir todas las condiciones necesarias a la realización de la meta fundamental de mi vida.

Aunque las numerosas peripecias de ese período presentan gran interés, tanto psicológico como práctico, las pasaré por alto para no apartarme de la cuestión que me plantearon ustedes esta noche, tanto más cuanto que tengo la intención de escribir una obra entera sobre esos años de investigaciones.

Sólo diré que a través de todos esos sucesos adquirí mucha experiencia y gran seguridad; por eso, cuando orienté todas mis facultades hacia la tarea de ganar dinero con el fin de tener siempre un capital a mi disposición —aún cuando por sí misma esta aspiración fundamental de los hombres jamás me haya interesado— me entregué a esta tarea en tal forma que los resultados hubieran podido suscitar la envidia de los mejores peritos de ustedes en *dollar-business*.

Me lancé en toda clase de empresas, algunas muy importantes: suscribí contratos con particulares o con el Estado para el suministro de material y la construcción de vías férreas o de carreteras; abrí varias tiendas; tuve restaurantes, salas de cine; organicé explotaciones agrícolas; aseguré el paso a Rusia de ganado proveniente de diversos países, especialmente de Kashgaria; me ocupé de pesquerías y de pozos de petróleo, a veces llevando adelante varios de esos asuntos a la vez.

Pero el oficio que entre todos prefería era el comercio de tapices y antigüedades que, al mismo tiempo que era muy lucrativo, me dejaba en libertad de elegir mi residencia y mis horas de trabajo.

Finalmente, después de cuatro o cinco años de trabajo intenso, liquidé todos estos negocios, y cuando llegué a Moscú, hacia fines de 1915, con el fin de pasar a la realización práctica de lo que consideraba como una tarea sagrada, había acumulado la suma de un millón y medio de rublos, sin contar dos colecciones de inestimable valor, una de alfombras raras y otra de porcelanas y "cloisonnés" chinos.

Ese capital, al parecer, iba a librarme de la preocupación material de mi empresa y asegurarme la independencia suficiente para poner en práctica las ideas que habían tomado forma en mi consciente y que debían servir de base a mi Instituto: se trataba de crear en torno mío condiciones tales que recordarían continuamente al hombre el sentido y la meta de su existencia, por medio de un roce inevitable entre su conciencia y la manifestación automática de su naturaleza.

Estábamos más o menos a un año de la Guerra Mundial. En Moscú, y algo más tarde en San Petersburgo, di una serie de conferencias que atrajeron a numerosos intelectuales y hombres de ciencia, y el círculo de los que se interesaban por mis ideas no tardó en agrandarse.

De acuerdo con mi plan general, coloqué entonces los primeros jalones con vistas a la creación de mi Instituto. Continuando con la preparación de cuanto era necesario para dar vida a mi proyecto, compré una propiedad, pedí a diversos países europeos lo que no podía conseguir allí y compré el material y los instrumentos indispensables. Hasta contemplaba la posibilidad de imprimir nuestro propio periódico. En el momento en que este trabajo de organización estaba en plena marcha, estalló la guerra y me vi obligado a suspenderlo, con la esperanza de reemprender todo tan pronto como la situación política se aclarase.

La mitad de mi capital ya había sido absorbida por esa organización preliminar.

La guerra ganaba terreno, y como se esfumaba cada vez más la esperanza de una paz próxima, me vi obligado a salir provisionalmente de Moscú e ir al Cáucaso para esperar el fin de las hostilidades.

A pesar de los acontecimientos políticos que acaparaban todos los ánimos, el interés por mi trabajo aumentaba en algunas esferas de la sociedad. En Essentuki, donde me había establecido, comenzaron a llegar de las ciudades vecinas y hasta de Petrogrado y Moscú, gente realmente interesada en conocer mis ideas. Me vi, pues, forzado a organizar las cosas allí, sin esperar mi regreso a Moscú.

Pronto las cosas tomaron tal cariz que no sólo trabajar sino vivir se convertía en un problema: nunca podía tener uno la seguridad de estar vivo al día siguiente.

La región de Mineralnia Vody donde vivíamos era entonces el centro de la guerra civil y estábamos literalmente cogidos entre dos fuegos.

Las ciudades pasaban de una mano a otra: hoy, los Bolcheviques; mañana, los Cosacos... y pasado mañana, el ejército blanco, o cualquier otro partido nuevo.

A veces, al despertarse por la mañana, se ignoraba bajo qué autoridad habría de hallarse uno durante el día y qué política se debería observar al salir a la calle.

Ese fue uno de los períodos de mayor tensión nerviosa que haya conocido. No sólo tenía que ingeniármelas para conseguir los alimentos de primera necesidad, que casi habían desaparecido, sino que debía preocuparme también por la existencia de un centenar de personas cuya responsabilidad había tomado.

La situación de unos veinte alumnos míos, en edad militar, me inquietaba entonces particularmente. Jóvenes y viejos eran movilizados todos los días, ya por los Bolcheviques, ya por el Ejército blanco. Esa constante tensión no podía durar más tiempo y había que buscar una salida a toda costa.

Una noche en que el tiroteo era más nutrido que de costumbre y que de los cuartos vecinos me llegaba el eco de las conversaciones ansiosas de mis compañeros, me puse a reflexionar muy seriamente.

Mientras examinaba los medios para escapar de ese callejón sin salida, por asociación recordé una sentencia del sabio Mulaj Nassr Eddin, que desde hacía tiempo había llegado a ser para mí algo así como una idea fija, en la que se aconsejaba esforzarse siempre, cualesquiera fuesen las circunstancias de la vida, por "conciliar lo útil para los demás con lo agradable para sí mismo".

Ahora bien, desde hacía varios años me interesaba en un problema de orden arqueológico y, para elucidar algunos detalles, necesitaba localizar en la forma más exacta posible la ubicación y la disposición de esos monumentos antiguos, conocidos con el nombre de *dólmenes*, que hoy se encuentran en casi todos los continentes, en algunos lugares bien definidos.

Sabía que los había en diferentes puntos del Cáucaso, y hasta conocía la posición aproximada de algunos, señalados por la ciencia oficial. Y, a pesar de carecer del tiempo suficiente para explorar sistemáticamente esos lugares, no dejaba pasar ninguna oportunidad de visitarlos durante mis frecuentes viajes a esas montañas, cuando la prosecución de mi meta principal me dejaba un momento de descanso.

Había adquirido, a consecuencia de investigaciones personales, la convicción de que en las regiones situadas entre las orillas orientales del Mar Negro y la Cordillera del Cáucaso, especialmente en las zonas cercanas de ciertos pasos que aún no había cruzado, se erguían, solos o en pequeños grupos, unos *dólmenes* de un tipo particular que presentaban para mí el mayor interés.

Así pues, encontrándome aislado del resto del mundo y detenido en mi actividad por la situación creada, resolví utilizar el tiempo de que disponía, organizando en esa región del Cáucaso una expedición que tendría por objeto la búsqueda y el estudio de los *dólmenes* -lo que por otra parte tendría la ventaja de resguardarnos, a mí y a los que había tomado a mi cargo.

Desde el día siguiente, empeñé todas mis fuerzas y recursos para tratar, con la ayuda de algunas personas que me eran más o menos fieles y que tenían relaciones con los detentadores de poder del momento, de obtener la autorización oficial para organizar una expedición científica a las montañas del Cáucaso.

Con la autorización ya en las manos, me procuré por medio de toda clase de combinaciones lo que era necesario para un viaje de ese género. Elegí entre los alumnos que habían venido para estar junto a mí, a los que corrían más peligro quedándose en el distrito de Mineralnia Vody, aseguré el sustento de los demás, y nos dividimos en dos grupos que debían encontrarse en un lugar convenido.

El primer grupo, compuesto de doce personas, salía de Piatigorsk; y el segundo, en el que me hallaba con más de veinte personas, partió de Essentuki.

Oficialmente, estos dos grupos eran considerados como completamente independientes, sin tener entre sí nada en común.

Sin conocer realmente las condiciones que reinaban entonces en el país, es casi imposible, a menos de estar dotado de una imaginación muy fértil, representarse lo que significaba organizar, en semejante época, una expedición científica y, lo que es más, oficial.

Me proponía, al salir de Essentuki, pasar por las regiones habitadas hasta el monte Induk, situado no lejos de Tuapsé, y empezar mi búsqueda en dirección del sureste, a lo largo de una línea distante de cuarenta a cien kilómetros de la orilla del Mar Negro.

Logré, en un momento en que a nadie se le hubiera ocurrido viajar en tren, aun solo y sin equipaje, debido a los incesantes movimientos de tropas, obtener de las autoridades bolcheviques, a costa de enormes dificultades, dos vagones.

Luego de amontonar con muchos esfuerzos en esos vagones a veintiuna personas, más dos caballos, dos mulas y tres carretas, sin contar todo el material comprado para la expedición, nuestras tiendas, armas y provisiones, partimos.

Viajamos por tren hasta Maikop: pero allí encontramos la vía férrea destruida desde la víspera por una nueva banda de rebeldes que se llamaban los Verdes, y nuestra expedición tuvo que seguir en carruaje, no ya en dirección a Tuapsé, sino oblicuando hacia el paso del río Bielaiá.

Para llegar, a través de las zonas habitadas, hasta el lugar donde empezaban las regiones salvajes, no menos de cinco veces tuvimos que cruzar unas posiciones ocupadas ora por los Bolcheviques, ora por el Ejército blanco.

Al recordar todas esas dificultades, ahora que no son sino un recuerdo lejano, no puedo dejar de experimentar un sentimiento de verdadera satisfacción por haber sido capaz de superarlas tan felizmente.

Era como si, en todo ese período, se hubieran realizado milagros en nuestro favor.

La violenta epidemia de fanatismo y de odio que en torno a nosotros se había apoderado de todos, ni siquiera nos tocó; como si yo y mis compañeros hubiéramos gozado de una protección sobrenatural.

Nuestra actitud hacia cada uno de los clanes era imparcial, como si no perteneciéramos a este mundo; la de ellos hacia nosotros era siempre la misma: nos consideraban completamente neutrales, -lo que además era verdad.

Rodeado de bestias feroces, prontas a despedazarse entre sí por el menos botín, yo andaba en medio del caos, franca y tranquilamente, sin ocultar nada, sin recurrir a ningún subterfugio; y aunque el "pillaje por requisas" llegaba entonces al paroxismo, no me quitaron nada, ni siquiera los dos barriles de alcohol que excitaban la codicia de todos, debido a la escasez general.

Al referirles esto hoy, un sentimiento de justicia, ligado a mi comprensión del psiquismo de los hombres sometidos a tales sucesos, me obliga a dedicar aquí un pensamiento benévolo para aquellos Bolcheviques y Voluntarios del Ejército blanco, desaparecidos en su mayoría sin duda, cuyas buenas disposiciones hacia mis actividades favorecieron, de manera inconsciente y puramente instintiva claro está, el éxito de mi peligrosa empresa.

En efecto, si pude escapar de este "infierno", en el sentido literal de la palabra, no lo debo únicamente a esa habilidad para descubrir y utilizar las más mínimas variaciones en las debilidades habituales de los hombres bajo el poder de una psicosis de ese género, ya que en las condiciones en que se desenvolvían tales sucesos llenos de inesperadas desviaciones, me hubiera sido imposible, aun ejerciendo activa vigilancia día y noche, prever todo y tomar las medidas necesarias.

En mi opinión, si logré salir indemne, se debe a que en la presencia general de esos hombres, aún cuando presas de un estado psíquico en que desaparece toda huella de sentido común, el instinto que permite a todo ser humano distinguir objetivamente el bien del mal, no estaba del todo ausente, de manera que presentían en mis actividades el germen viviente de ese impulso sagrado, que es el único capaz de dar a la humanidad la verdadera felicidad, y por ende secundaban lo mejor que podían el proceso de realización de lo que había yo emprendido desde mucho tiempo antes de esta guerra.

Lo cierto es que en todos nuestros contactos, tanto con los Bolcheviques como con el Ejército blanco, no encontramos situación alguna de la cual no lograra hallar la salida.

Añadiré además que si la vida de los hombres transcurriese algún día en forma normal, y si algunos especialistas emprendieran entonces investigaciones sobre los sucesos de este género, los diversos documentos que me fueron entregados por los dos partidos adversos para proteger mis intereses y mis bienes, constituirían para ellos un testimonio sumamente instructivo acerca de los hechos extraordinarios que pueden acontecer durante la psicosis de las masas.

Por ejemplo, entre aquellos numerosos documentos, hay uno en el que puede leerse lo siguiente:

"El portador de este documento, ciudadano Gurdjieff, está autorizado a llevar por todas partes un revólver calibre... número. . .

En fe de lo cual firmamos y estampamos nuestro sello.

El Presidente de los Diputados, Soldados y Trabajadores.

RUJÁDZF

Hecho el.. en Essentuki

Secretario Chandarovski.

Y al dorso del mismo papel:

“El llamado Gurdjieff está autorizado para llevar un revólver con el número indicado al respaldo.  
En fe de lo cual firmamos y estampamos nuestro sello.  
Por el General Dníkin  
GENERAL HEYMANN  
Jefe de Secretaría:  
GENERAL DAVIDOVITCH NACHINSKY  
Hecho en Maikop, el...”

Después de considerables esfuerzos para vencer gran cantidad de obstáculos imprevistos, atravesamos poblados cosacos en ruinas, y llegamos por fin a Kamishki, última localidad antes de la zona inhabitada del Cáucaso. Más allá de ese punto ya no había caminos transitables.

Después de comprar apresuradamente todas las provisiones que aún era posible encontrar, abandonamos las carretas a su suerte, cargamos parte del equipaje en caballos y mulas, y echándonos el resto al hombro, proseguimos nuestro viaje.

Franqueada la primera montaña, respiramos al fin libremente. Sin embargo, era allí donde nos esperaban las verdaderas dificultades.

En lo que respecta a la expedición en sí, desde Kamishki hasta Sotchi por el paso del río Bielaia, en el corazón de la cordillera del Cáucaso, expedición que duró dos meses y en la que acontecieron las más extraordinarias aventuras, no diré nada porque, si mis informaciones son exactas, nuestra evasión del centro del infierno a través de los pasos casi infranqueables de esas montañas salvajes, como también la búsqueda de dólmenes y de todas las riquezas visibles u ocultas de esa región ya fueron descritas por algunos miembros de esta singular "expedición científica" en textos que sin duda serán pronto publicados.<sup>1-2</sup>

<sup>1</sup> *Our Life with Mr. Gurdjieff* – Thomas de Hartmain Coopoe Square Publishers – Nueva York – 1964

<sup>2</sup> Pronto en esta misma Colección.

Había en efecto, en el grupo que se constituyó a mi alrededor, técnicos y especialistas en diversas ramas de la ciencia, perfectamente calificados para llevar a cabo nuestra empresa, y que me ayudaron de manera muy eficaz a resolver el problema de los dólmenes.

Lo que resalta de las impresiones recibidas durante ese viaje es que las regiones situadas entre Kamishki y Sotchi, sobre todo desde el paso hasta el mar, merecerían realmente el nombre enfático de paraíso terrenal, a menudo atribuido a otras partes del Cáucaso, por los miembros de la pretendida "inteligencia".

Aún cuando esas regiones se prestan admirablemente para la agricultura y la explotación termal, y están apenas alejadas de los centros de población ya existentes, quedaron inhabitadas no se sabe por qué, a pesar de la creciente necesidad de espacio y de recursos.

Años atrás se hallaban pobladas por los Tcherqueses, que emigraron en masa a Turquía hace cuarenta o cincuenta años; desde entonces, dichas tierras quedaron sin cultivar y ningún pie humano las ha hollado.

Allí se encuentran antiguos campos antes maravillosamente cultivados y magníficos vergeles que, aun sin cultivo e invadidos por la maleza, dan todavía tantos frutos que podrían alimentar a miles de personas.

Algunas semanas después, extenuados de cansancio y habiendo agotado nuestras provisiones, llegamos a la ciudad de Sotchi a orillas del Mar Negro.

A todo lo largo de lo que fue para nosotros un verdadero calvario, algunos de los miembros de nuestra expedición, lejos de mostrarse capaces de hacer frente a la situación, se habían comportado de una manera que en nada correspondía a la grandeza de nuestra meta; resolví, pues, separarme de ellos y seguir mi camino con los demás hasta Tiflis donde aún reinaba un orden relativo bajo la autoridad de los demócratas mencheviques de nacionalidad georgiana.

Habían transcurrido cuatro años desde el comienzo de la organización del Instituto en Moscú. Con el tiempo el dinero se había agotado progresivamente, tanto más cuanto que hacia el fin los fondos servían no sólo para la obra en sí, sino también para nuevas obligaciones que no se habían previsto en los cálculos originales.

El caso es que los sucesos en Rusia y todas las convulsiones debidas a la Guerra Mundial y la Guerra Civil habían hecho salir a la gente de sus carriles; todo estaba tan mezclado y trastornado que los ricos y privilegiados de ayer eran los hambrientos de hoy. Esta era la situación de la mayoría de los que todo lo habían dejado para seguir mis ideas y que, por su sinceridad y comportamiento, habían llegado a ser mis allegados. Tenía ahora que ayudar a unas doscientas personas.

Casi todos mis parientes se hallaban en una situación aún peor, y tenía no sólo que ayudarlos pecuniariamente, sino albergarlos con su familia, puesto que la mayoría vivía en Transcaucasia, en localidades que habían sido destruidas hasta los cimientos ya por la guerra civil, ya por los Turcos.

Para que ustedes puedan representarse el horror de ese orden de cosas, les describiré una de las numerosas escenas que viví:

Residía en Essentuki, donde aún había una relativa tranquilidad en aquel momento; tenía entonces que mantener dos casas, donde mis parientes y los adeptos de mis ideas vivían en común, una en Essentuki con ochenta y cinco personas y otra en Piatigorsk, con unas sesenta personas.

El costo de la vida aumentaba día a día. Era cada vez más difícil subvenir a las necesidades de esas comunidades, y me costaba mucho mantenerme a flote.

Una mañana lluviosa, sentado frente a mi ventana, reflexionaba en cómo salir del paso, cuando vi detenerse frente a mi puerta dos extraños carruajes de donde surgieron lentamente sombras informes. En medio de mi sorpresa, no comprendí enseguida de qué se trataba pero, poco a poco, distinguí personas o más bien esqueletos animados, en los que únicamente los ardientes ojos parecían vivir. Estaban vestidos con harapos, descalzos, cubiertos de heridas y de llagas. Había en total veintiocho personas de las cuales once eran niños de uno a nueve años.

Esas personas resultaron ser miembros de mi familia, entre las cuales estaba mi hermana con seis niñitos.

Vivían en Alexandropol, donde dos meses antes había comenzado la ofensiva turca.

Como en ese tiempo no funcionaban ni el correo ni el telégrafo, se hallaban completamente aislados y sólo se habían enterado de la llegada de los Turcos cuando estos se hallaban a la puerta de la ciudad. Esta noticia provocó un pánico indescriptible.

Ya se figuraran ustedes lo que deben experimentar unos hombres con los nervios ya deshechos cuando saben con certeza que las hordas enemigas, muy superiores en fuerzas y en armas se mostrarán despiadadas y matarán sin discriminación alguna no sólo a los hombres sino también a las mujeres, a los ancianos y a los niños, lo que allá está en el orden de las cosas.

En medio de ese pánico mis allegados, avisados como tantos otros a último momento, huyeron sin tomarse el tiempo de llevar algo consigo.

Enloquecidos, se lanzaron por desdicha en una mala dirección. Sólo al cabo de algún tiempo, cuando el cansancio les obligó a detenerse, advirtieron su error y se encaminaron hacia Tiflis.

Tuvieron que caminar durante veinte largos días a través de las montañas por caminos a menudo intransitables, arrastrándose a veces, sufriendo hambre y frío, hasta llegar finalmente a Tiflis, apenas con vida.

Allí se enteraron de que yo vivía en Essentuki. Como las comunicaciones entre las dos ciudades no estaban aún interrumpidas, con ayuda de algunos amigos se las arreglaron para alquilar esas dos carretas y arrastrarse a lo largo de 1ª carretera militar georgiana para venir a parar a mi casa, en un estado de indigencia que los hacía irreconocibles.

Imagínese mi situación cuando vi ese cuadro. A pesar de las dificultades del momento, sentí que era el único que podía y debía albergarlos, vestirlos, cuidarlos y en suma, ponerlos en pie otra vez.

Lo que tuve que gastar en ellos se añadió a los gastos de la expedición y a las sumas que había puesto de lado para subvenir a las necesidades inmediatas de los que permanecieron en el distrito de Mineralnia Vody.

Por eso, cuando llegué a Tiflis, con mi numeroso séquito, mis reservas se habían agotado, y con esto quiero decir no sólo el dinero en efectivo, sino todos los objetos de valor que mi mujer y yo habíamos logrado traer con nosotros en nuestros continuos desplazamientos.

En cuanto a los demás objetos preciosos que tantos años me había costado reunir, sólo unos cuantos pudieron ser vendidos, desde el comienzo de esos sucesos caóticos, por algunos de mis alumnos que vinieron con sus familias de las dos capitales para reunirse conmigo en Essentuki; pero todo el resto, incluyendo las dos colecciones únicas de las que he hablado, se quedó en Moscú y en Petrogrado y ni siquiera sabía qué le había ocurrido.

Ya al segundo día de mi llegada a Tiflis no me quedaba un solo céntimo en el bolsillo, y tuve que pedir a la mujer de uno de mis compañeros que me prestase o sencillamente me diese su última sortija, cuyo diamante pesaba algo más de un quilate. Lo vendí inmediatamente para que esa noche todo el mundo pudiera comer.

Las cosas empeoraron aún más por la enfermedad que había contraído en las montañas del Cáucaso, donde uno está sometido a enormes cambios de temperatura entre la noche y el día. Mi estado se había agravado por el hecho de no poder quedarme en cama; con una fiebre que llegaba a los cuarenta grados, tenía que recorrer la ciudad para encontrar como fuese un medio para salir del paso.

Me informé acerca de las posibilidades comerciales del lugar, y al darme cuenta de que a pesar de la depresión general de los negocios en Transcaucasia, el comercio de alfombras orientales antiguas y modernas seguía floreciente, al punto resolví emprender algo en ese sentido.

Elegí entre mis alumnos y los miembros de mi familia a varias personas calificadas, y después de enseñarles a ayudarme, organicé rápidamente un verdadero comercio de alfombras. Algunos de mis asistentes buscaban y compraban toda clase de alfombras recorriendo Tiflis y las ciudades vecinas. Un segundo grupo las lavaba y limpiaba, mientras que un tercero las reparaba. Esas alfombras eran entonces seleccionadas: unas se vendían al por menor, otras al por mayor ya al comercio local, ya para la exportación a Constantinopla.

Desde la tercera semana las alfombras produjeron más dinero del que necesitaba para mantenernos a todos. Ante los beneficios que dejaba el negocio y sus evidentes perspectivas de ampliación, me vino el deseo de fundar allí mismo mi Instituto, en forma temporaria sin esperar el restablecimiento de la paz, tanto más cuanto que siempre había tenido la intención de crear una filial en Tiflis.

Al mismo tiempo que seguía con mi comercio de alfombras, me ocupaba de poner en marcha el Instituto; pero comprendí en seguida que, dada la crisis de vivienda, me sería imposible encontrar una casa que correspondiese a mis planes, y me dirigí al gobierno georgiano. Este acogió favorablemente nuestra petición y la transmitió al alcalde de la ciudad, rogándole hiciera cuanto le fuera posible para hallar un inmueble "digno de una institución tan importante para el país".

El alcalde y varios miembros del consejo Municipal, que se interesaban por mi obra, se esforzaron por encontrar lo que necesitábamos. Sin embargo, pese a sus deseos, no pudieron descubrir nada que nos

conviniere y nos ofrecieron un local provisional, prometiéndonos que nos encontrarían rápidamente otro más adecuado.

Fue así como, por tercera vez, emprendí la organización de mi Instituto. De nuevo se presentaron los mismos problemas, de nuevo hubo que buscar muebles y todo el material indispensable.

En Tiflis, muchas personas estaban profundamente afectadas por los cambios sobrevenidos en sus condiciones de vida, y sentían la necesidad de orientarse hacia nuevos valores, en forma tal que una semana después de su apertura mi Instituto estaba lleno de alumnos y las inscripciones ya se habían cerrado para clases tres veces más numerosas que las actuales, las que pensaba iniciar tan pronto tuviéramos otra residencia.

En esos locales provisionales, que en nada correspondían a nuestras necesidades, y a pesar de los excesivos contratiempos que nos imponían las circunstancias, *el trabajo sobre mí mismo* empezó a cobrar vida. Los estudios pudieron proseguir varios meses gracias al reparto de los alumnos en grupos distintos y a la distribución de las horas de trabajo, desde muy temprano por la mañana hasta horas avanzadas de la noche.

Pero las autoridades se demoraban en cumplir con su promesa, y la falta de espacio tornaba el trabajo cada vez más imposible. Y cuando con la ofensiva de los Bolcheviques las dificultades de la vida se acrecentaron aún más, sacudiendo la estabilidad del gobierno georgiano, renuncié finalmente a malgastar mi tiempo y mis energías contra las condiciones circundantes. Decidí no sólo liquidar todo en Tiflis, sino romper con todo con lo que hasta entonces me había ligado a Rusia, cruzar la frontera y fundar mi Instituto en algún otro país.

Vendí por casi nada los bienes del Instituto y, a costa de grandes dificultades, salí para Constantinopla, llevando conmigo a treinta personas.

A mi salida de Tiflis la venta de alfombras me había dejado a despecho de todo una suma importante, y calculaba que después de haber asegurado como mejor pudiera el sustento de aquellos de mis allegados que aún permanecían en Georgia, y de cubrir los gastos del viaje a Constantinopla, nos quedaría dinero suficiente para vivir todos en el extranjero durante un período bastante largo.

¡Pero no habíamos contado, pobres de nosotros, con los Georgianos!

La moneda local en esa época no tenía ningún valor fuera de Rusia y no se podía cambiar en ninguna parte. Los que partían para el extranjero llevaban consigo, a modo de valores, diamantes o alfombras. Decidí, pues, que también llevaría en lugar de dinero, algunas piedras preciosas así como veinte alfombras raras, y después de haber llenado todas las formalidades requeridas para su exportación, las entregué a mis discípulos.

En el momento de salir de Batum teníamos en nuestras manos todos los documentos que certificaban el pago de los derechos de aduanas e impuestos, pero "el cuerpo especial georgiano" nos buscó camorra y de manera ilegal confiscó, (digamos a título temporario), casi todas las alfombras que había distribuido entre los míos. Una vez en Constantinopla, cuando realizábamos gestiones para recuperarlas, Batum estaba ocupado por los Bolcheviques, la banda de ladrones había huido con sus jefes, y ya no quedaba huella de nada.

De mis veinte alfombras, sólo dos escaparon a la confiscación, y esto porque iban en la valija diplomática, confiada por su cónsul a uno de los miembros del Instituto, súbdito finlandés.

Así, al desembarcar en Constantinopla, me hallé casi en la misma situación que al llegar a Tiflis.

No tenía a mi disposición sino dos pequeños diamantes y las dos mencionadas alfombras. Si los hubiera vendido, aún cuando a buen precio, no habría bastado para mantener a tal cantidad de gente sino por poco tiempo, tanto más cuanto que todos necesitábamos ropa. En Tiflis no era posible conseguirla, y la que llevábamos estaba tan usada que no podíamos en ese estado presentarnos decentemente en la ciudad, donde la vida era más o menos normal.

Pero la suerte me sonrió. Enseguida tropecé con algunos buenos negocios. Entre otros asuntos me ocupé, junto con un viejo amigo, de vender una existencia importante de caviar; después participé en la venta de un barco, y las finanzas mejoraron de nuevo.

Cuando en Tiflis renuncié a hacer de Rusia el centro permanente de mis actividades, no conocía suficientemente las condiciones de vida en Europa como para saber por anticipado en qué país me establecería. Sin embargo, después de pensarlo, me decidí por Alemania, la que por su situación geográfica y su nivel de cultura, del que tanto había oído hablar, parecía corresponder mejor que cualquier otro país a mis proyectos.

Pero durante varios meses más me vi forzado a quedarme en Constantinopla por esa eterna cuestión de dinero, tan dolorosa para aquel que no tiene un tío en América, y una vez más tuve que ocuparme de toda clase de negocios a fin de hallar la posibilidad de partir. Mientras tanto, para que los que me habían acompañado pudieran reanudar el trabajo emprendido bajo mi dirección, alquilé en el barrio de Pera, donde viven casi todos los Europeos, el único local grande que pude encontrar. Durante mis horas libres, dirigía de nuevo la clase de movimientos iniciada en Tiflis y organizaba todos los sábados demostraciones públicas para acostumbrar a los alumnos a no dejarse incomodar por la presencia de extraños.

El número de personas que me pedían que las dejase tomar parte en ese trabajo no dejaba de aumentar. En efecto, los Turcos y los Griegos que eran atraídos por nuestras demostraciones, se interesaban cada vez más en esos movimientos, en la música de acompañamiento que yo había compuesto especialmente, como también en los diversos trabajos emprendidos por mis discípulos en previsión de las futuras actividades del Instituto en Alemania.

Por otra parte, como la situación general de los países Europeos seguía inestable, la desconfianza mutua entre gobiernos hacía muy difícil la obtención de visas de entrada o de tránsito; la cotización del cambio sufría fuertes fluctuaciones diarias, y todos mis proyectos se hallaban amenazados.

Resolví, pues, extender el campo de mis actividades, organizar en ese mismo local conferencias públicas destinada a dar a conocer algunos aspectos de mis ideas fundamentales y abrir cursos consagrados al estudio de la manifestación humana a través de los movimientos, la música y la pintura, considerados en sus relaciones con la ciencia objetiva.

Así, una vez más me metí de cabeza en una actividad desbordante. Mientras seguía ganando dinero por mil medios, ya en Constantinopla, ya en Kadikoi, en la orilla opuesta del Bósforo, adonde iba casi todos los días en barco, consagraba el resto del tiempo al trabajo que había organizado y en el que participaba entonces gran número de personas nuevas; los únicos momentos de que disponía para establecer el plan de las conferencias que debían dar algunos de mis discípulos, especialmente preparados, eran los que pasaba viajando, ya en barco, ya en tranvía.

En esta actividad decuplicada viví durante casi un año, hasta la llegada tan esperada de las visas, que coincidió con el momento en que más o menos había logrado tapar el inmenso hueco hecho en mi bolsillo por la continua corriente de dinero que lo atravesaba.

En vista de que en esos tiempos las elucubraciones de los Jóvenes Turcos exhalaban ya un olor inquietante, decidí no esperar los atractivos de toda clase que no dejarían de presentarse, y salir del lugar con los míos antes de que fuese demasiado tarde. Después de transferir apresuradamente mis clases a Kadikoi y poner a su frente a algunos de mis nuevos alumnos más calificados, salí para Alemania.

Al llegar a Berlín comencé por repartir en los hoteles a todos los que me habían seguido, alquilé en el barrio de Schmargendorf una sala grande para reanudar el trabajo interrumpido, y salí a visitar diferentes lugares donde algunos de mis conocidos habían visto casas que parecían convenir a las necesidades del Instituto.

Después de ver algunas de ellas, me decidí por una propiedad en Hellerau, no lejos de la ciudad de Dresde, especialmente construida y acondicionada en vasta escala para un nuevo movimiento que poco tiempo antes había dado mucho que hablar con el nombre de Sistema Dalcroze.

Hallando que esta casa y su instalación convenían más o menos al establecimiento y desarrollo futuro de la sede central del Instituto, resolví adquirir el todo, pero mientras negociaba con el propietario, recibí de un grupo de ingleses a quienes interesaban mis ideas, la propuesta de abrir mi Instituto en su capital; me ofrecían tomar a su cargo todos los gastos y cuidados de la organización.

Dada la precaria situación financiera en que nos encontrábamos, me sentí atraído por esa propuesta y partí hacia Inglaterra, con el fin de darme cuenta por mí mismo del estado de cosas en ese país. Como la marcha general del trabajo emprendido en Berlín era para mí de gran importancia y mi prolongada ausencia le hubiera sido nefasta, y como por otra parte los diversos asuntos relativos a la proposición inglesa no podían resolverse desde lejos, decidí realizar el viaje a Londres cada dos o tres semanas para pasar allí tres o cuatro días.

Cambiaba cada vez de itinerario con el fin de conocer otros países de Europa. Las observaciones que hice en el transcurso de esos viajes me llevaron a la conclusión de que el lugar más propicio para mi meta no era ni Alemania, ni Inglaterra, sino Francia.

Francia me producía entonces la impresión de ser un Estado política y económica más equilibrado; y a pesar de su situación geográfica menos céntrica que la de Alemania, me parecía constituir, gracias a la ciudad de París, considerada como la capital del mundo, algo así como una encrucijada de todas las razas y naciones; representaba por consiguiente, a mis ojos, el país más calificado para una extensa difusión de mis ideas.

En ese sentido Inglaterra, debido a su posición aislada, no hubiese permitido ningún desarrollo, y un Instituto habría tomado allí el carácter estrecho de un establecimiento local.

Por eso terminé por rechazar el ofrecimiento de los ingleses; consentí, sin embargo, en mandarles instructores que había preparado especialmente y cierto número de discípulos de quienes ellos se encargarían, en la espera de poder organizar la filial inglesa del Instituto.

En suma, a nuestra llegada a Francia, durante el verano de 1922, después de pagar los gastos de viaje, hallé que sólo me quedaban cien mil francos.

Primero organicé en París algo así como una comunidad temporaria para mis alumnos y conseguí, a título provisional, el local de la Escuela Dalcroze, donde continuamos nuestro trabajo. Busqué entonces una casa en alquiler para el Instituto y los fondos necesarios para instalarlo.

Luego de visitar innumerables propiedades en los alrededores de París, me decidí por un dominio que parecía convenir como anillo al dedo, el del *Prieuré*, no lejos del famoso castillo de Fontainebleau. Su propietaria, que lo había heredado de un célebre abogado y deseaba deshacerse de él dado los enormes gastos de mantenimiento, prefería venderlo en lugar de alquilarlo; prolongó las negociaciones y se manifestó en esta ocasión según las tendencias que los meteorólogos contemporáneos hubieran formulado como “nieve o lluvia probable, o bien una y otra”.

Después de mucho tergiversar, finalmente consintió en diferir la venta por un año; me alquilaba la propiedad por sesenta y cinco mil francos por año y me daba seis meses para decidirme; después de ese plazo podría venderla y entonces yo tendría que abandonarla de la noche a la mañana.

Cerrado el negocio, fui a instalarme al *Prieuré* con unos cincuenta alumnos. Era el 19 de octubre de 1922. A partir de ese día comenzaría para mí, en condiciones específicamente europeas, que me eran por completo extrañas, uno de los períodos más locos de mi existencia.



Cuando me presenté ante la reja del castillo, era como si, detrás del viejo conserje, me estuviera recibiendo la Señora Necesidad, pues los cien mil francos que poseía se habían volatilizado hasta el último céntimo, parte en el alquiler y parte en los tres meses de gastos de permanencia en París con todos mis alumnos. Mientras continuaba manteniendo a esta multitud de personas, tenía que afrontar un problema inmediato: comprar los muebles y utensilios indispensables para nuestra instalación, ya que ni el mobiliario del castillo ni sus enseres habían sido previstos para tal cantidad de personas, a las que se agregarían gran número de nuevos huéspedes que podrían llegar de Inglaterra de un día para otro, pues habíamos desistido de abrir una sucursal en Londres.

Mi situación era tanto más complicada cuanto que a mi llegada a París yo no halaba ninguno de los idiomas de Europa occidental.

A mi salida e Batum, este asunto de los idiomas había comenzado a inquietarme. En Constantinopla no tenía por que preocuparme, puesto que conocía bien los tres idiomas utilizados allí, el turco, el alemán i el griego. Pero en Batum, ya se habían presentado dificultades serias, y en París, ante la necesidad de hallar los medios para cubrir enormes gastos, sentí más que nunca cuánto me perjudicaba mi ignorancia de los idiomas europeos; ahora bien, no tenía ni un solo ocio para aprenderlos.

Me ara casi imposible servirme de intérpretes, sobre todo para una traducción comercial, donde hay que captar el estado de ánimo del hombre que está delante de uno, y actuar de su psicología; aún con un buen traductor, los largos intervalos necesarios para la traducción destruyen todo el electo se lo que acaba uno de decir, sin hablar de la dificultad para dar la entonación, tan importante en toda negociación de ese género.

Además, ni siquiera con un buen intérprete, pues aquellos de mis alumnos a quienes hubiera podido pedirles que me ayudaran, hablaban el francés como lo hablaban de ordinario los extranjeros, sobre todo los Rusos: suficientemente bien para mantener una conversación de salón – y eso, no en Francia, mientras que yo necesitaba constantemente un francés preciso para negociaciones comerciales serias.

La cantidad de fuerza nerviosa que gasté durante estos dos primeros años, en los momentos en que sentía que no me traducía como era debido, habría bastado para alimentarla con creces la actividad de un centenar d esos aprendices *brokers* de ustedes, en la Bolsa de Nueva York.

Como había una inmediata necesidad de una suma considerable para las primeras instalaciones, y era imposible ganar ese dinero en el acto, busqué el modo de pedirlo prestado para hacer frente a lo más urgente. Mi situación era organizar provisionalmente el trabajo del Instituto de manera que pudiera reservar la mitad de mi tiempo para ganar dinero, lo que permitiría reembolsar este préstamo gradualmente.

Fue en Londres, con diferentes personas que se interesaban en mis proyectos, donde obtuve ese préstamo. Era esta la primera vez que me apartaba del principio fundamental que me había impuesto desde hacía quince años: emprender la realización de mi obra bajo mi sola responsabilidad personal, sin aceptar ninguna ayuda material del exterior.

Puedo afirmar categóricamente que hasta ese momento, a despecho de los gastos enormes, los fracasos y pérdidas que habían ocurrido no por mi culpa, sino a consecuencia de los sucesos políticos y económicos de los últimos años, no debía un solo céntimo a nadie; todo provenía de mi propio trabajo.

Mis amigos y las personas que sentían interés o simpatía por mis ideas me habían ofrecido dinero en numerosas ocasiones, pero siempre me había negado a aceptarlo hasta en los momentos más difíciles, prefiriendo superar los obstáculos por mis propios esfuerzos antes de traicionar mis principios.

Hallando el problema inmediato, puse ardentemente manos a la obra.

Mi tarea durante ese período fue, cabe decirlo, sobrehumana.

A veces solía suceder que de las veinticuatro horas del día trabajaba veinticuatro, pasando la noche en Fontainebleau y el día en París, o viceversa.

Aún el tiempo de los viajes lo empleaba en mi correspondencia o en conversaciones.

Mis negocios marchaban bien, pero la presión excesiva de esos pocos meses, consecutivos a ocho años de labor ininterrumpida, me cansó a tal punto que mi salud se quebrantó y me fue imposible, a pesar de todo mi deseo y todos mis esfuerzos, mantener la misma intensidad.

Pese a los obstáculos que estorbaban y frenaban mi trabajo: mi mal estado de salud, la dificultad de proseguir mis transacciones sin conocer el idioma, y pese al número de mis enemigos –que, según una ley ya bien establecida, aumentaba proporcionalmente con el de mis amigos- logré realizar en los primeros seis meses la mayor parte de lo que me había propuesto.

Como en la mayoría de ustedes, Americanos modernos, el curso de los pensamientos no se activa sino ante la imagen familiar de un balance, les voy a enumerar muy sencillamente los gastos a que logré hacer frente, desde mi instalación en el castillo del *Prieuré*, hasta mi salida para América:

A título de pago a cuenta, la mitad del precio de la extensa propiedad, más una suma importante por la compra de una pequeña propiedad anexa;

la totalidad de los primeros gastos de instalación del Instituto, lo que comprende entre otros: las reparaciones, las transformaciones y refecciones de la propiedad;

la compra de un mobiliario nuevo y de enseres de toda clase para toda la casa;

la compra de diversos materiales, herramientas y maquinaria agrícola, instrumentos y aparatos para la sección médica, etc.;

y, finalmente, la compra de animales: caballos, vacas, cerdos, carneros, gallinas, etc....

A esto hubo que agregar los considerables gastos de la construcción, arreglo y decoración de un edificio destinado a los ejercicios y movimientos y a las demostraciones, edificio que fue llamado por algunos el *Study House*, y por otros, el *Teatro*.

Finalmente, durante ese período logré, al tiempo que subvenía a las necesidades de los huéspedes y alumnos del Instituto, reembolsar en parte la deuda que había contraído.

Una de mis mejores fuentes de ingreso durante esos meses fue el tratamiento psicológico de algunos casos difíciles de alcoholismo y toxicomanía.

En efecto, era considerado casi en todas partes como uno de los mejores especialistas en la materia, y las familias de esos desgraciados me ofrecían a veces sumas muy sustanciales para consintiera en ocuparme de ellos.

Me acuerdo particularmente de una pareja de ricos Americanos que me confiaron su hijo –hasta entonces considerado como incurable- y que era en su alegría de verlo curado, doblaron espontáneamente la suma que habíamos convenido.

Por otra parte, establecí relaciones con algunos hombres de negocio, y me lancé con ellos en varias operaciones financieras. También logré considerables ganancias revendiendo a precios imprevistos todo un lote de acciones de una compañía de petróleo.

Realicé, uno tras otro, dos negocios fructuosos, al abrir en Montmartre en compañía de un socio dos restaurantes que puse en marcha en algunas semanas, para revenderlos tan pronto estuvieran de moda.

Me parece extraño hoy, poder enumerar tan fácilmente esos logros, cuando recuerdo la tensión increíble que me exigían y las terribles experiencias interiores que en ese entonces me trastornaban por completo...

Durante esos meses tenía que estar en el trabajo a las ocho de la mañana para terminar a las diez u once de la noche, y el resto de la noche lo pasaba en Montmartre, no sólo para mis negocios de restaurantes, sino para el tratamiento de un alcohólico que encontraba allí todas las noches, completamente borracho, y que me daba mucho trabajo porque no quería dejarse curar.

Es interesante observar que en esos tiempos lo que se sabía de mi vida exterior, o sea todas esas noches pasadas en Montmartre, daba excelente alimento a las habladerías de muchas personas que me conocían de cerca o de lejos. Unos me envidiaban porque podía “ir de parranda”; otros me lo reprochaban amargamente. En cuanto a mí, no le desearía igual parranda a mi peor enemigo.

En suma, la necesidad y la urgencia de aportar una solución duradera al problema financiero del *Prieuré*, la esperanza de estar finalmente libre de esas preocupaciones crónicas y poder consagrarme por completo a mi verdadero trabajo, o sea la enseñanza de las ideas y de los métodos que constituían la base del Instituto – esperanza aplazada años tras años por razones que no dependían de mí-, todo me obligaba a realizar esfuerzos sobrehumanos sin considerar las consecuencias desastrosas que podrían resultar de ello.

Pero, a pesar de mi repugnancia a detenerme a mitad de camino, me vi obligado, una vez más, a dejar todo en suspenso, precisamente antes de haber reunido las únicas condiciones que habrían permitido el cumplimiento de las tareas fundamentales del Instituto.

Durante los últimos meses, el estado de mi salud se había agravado, a tal punto, en efecto, que me había visto obligado a reducir mis horas de trabajo. Ante la repetición de algunos trastornos que nunca había experimentado, confieso que comencé a preocuparme y tomé la resolución de dejar todo trabajo activo, tanto material como físico; empero, dilataba constantemente esta medida, hasta el día en que un resfriado me obligó, quiéralo o no, a interrumpir todo.

Son circunstancias que merecen ser descritas.

Una noche, poco después de las diez, como había terminado temprano mis negocios en París y tenía que encontrarme sin falta a la mañana siguiente en el *Prieuré*, donde esperaba la visita de un ingeniero para discutir los planos y el presupuesto de un baño de vapor especial que tenía pensado construir, decidí regresar inmediatamente para acostarme temprano y dormir bastante. Sin detenerme en ninguna parte, ni siquiera en mi departamento de la ciudad, salí en dirección a Fontainebleau.

El tiempo estaba húmedo. Cerré los vidrios de mi automóvil y durante todo el camino me sentí tan bien que hasta comencé a hacer proyectos para la construcción en el Instituto de un horno de alfarería, según el modelo de los antiguos hornos persas.

Al acercarme al bosque de Fontainebleau, recordé que frecuentemente hay neblina en ese lugar durante la noche cuando el tiempo está húmedo. Miré mi reloj; eran las once y cuarto. Rendí los faros y aceleré hasta salir lo más pronto posible de ese mal paso.

Después de ese momento no recuerdo nada... Ni cómo manejé ni qué sucedió.

Cuando volví en mí, ví el siguiente cuadro: me hallaba sentado en el vehículo, casi en medio de la carretera. A mi alrededor, el bosque. Brillaba el sol; una gran carreta cargada de heno se había detenido delante del automóvil; el carretero, de pie al lado de la puerta, golpeaba el vidrio con su látigo, lo cual me había despertado.

Según las apariencias, en la víspera, después de haber mirado mi reloj, había seguido durante uno o dos kilómetros y luego me había dormido sin querer, lo que jamás en mi vida me había ocurrido.

Me había dormido hasta las diez de la mañana.

Felizmente mi auto se había detenido en la mitad derecha de la calzada, casi respetando los reglamentos, y en toda la mañana los vehículos se vieron obligados a desviarse, sin perturbar mi sueño.

Pero la carreta era demasiado voluminosa para pasar y tuvieron que despertarme.

Aún cuando dormí muy bien en esas originales condiciones, el resfriado que pesqué fue tan serio que todavía sigo sintiendo sus efectos.

A partir de ese día se me hizo muy difícil, aún violentándome, exigir a mi cuerpo un esfuerzo demasiado sostenido.

De buena o mala gana tuve que suspender todos mis negocios.

La situación del Instituto se convirtió por tal motivo en una de las más críticas: no sólo no podían ser llevadas a cabo las tareas indispensables, sino que todo cuanto ya se había realizado estaba amenazado de ruina, puesto que los vencimientos se acercaban y nadie estaba en situación de cancelarlos en mi lugar. Tenía, pues, que inventar algo.

Un día que estaba sentado en la acera del famoso Grand Café, pensando en las repercusiones de mi estado de salud sobre mis negocios corrientes, comencé a razonar como sigue:

“Puesto que en mi estado actual no puedo, ni debo, al menos por cierto tiempo, trabajar con la intensidad que exige una tarea tan considerable, sino que por el contrario tengo que aceptar, aunque fuera temporariamente, un descanso completo, entonces ¿por qué no poner en ejecución ahora mismo mi proyecto de ir a América, sin demorarme siquiera en los preparativos del viaje?

“Una gira a través de los diferentes Estados de América del Norte, con sus continuos desplazamientos, el cambio de ambiente y el notable extrañamiento que ello traería consigo, sería siempre una fuente renovada de impresiones no habituales y crearía para mí, dada mi naturaleza, las condiciones indispensables para un verdadero descanso.

“ Y esto tanto más cuanto que, al hallarme a gran distancia del lugar donde se concentraban todos mis intereses actuales, me vería librado por algún tiempo de cierto rasgo de mi carácter que siempre me forzó, en mis frecuentes expediciones a través de regiones salvajes, cada vez que debía soportar las “benévolas” manifestaciones de las criaturas de Dios, bípedas o cuadrúpedas, a ponerme mal que bien de pie para sumergirme al punto en la empresa del momento.”

Para comprender lo que entiendo por “no demorarme en los preparativos del viaje”, deben ustedes saber que desde el comienzo de la organización de mi Instituto en Francia, había empezado a reunir los elementos de una serie de conferencias destinadas a poner en conocimiento del público las ideas básicas del Instituto, y su aplicación a diferentes campos tales como la psicología, la medicina, la arqueología, la arquitectura, el arte, y aún diversos tipos de fenómenos sobrenaturales.

Por otra parte, yo había preparado algunos alumnos para una serie de representaciones que deseaba dar durante una gran gira a través de Europa y América. Mi meta estribaba en utilizar esa forma para hacer penetrar en el proceso de la vida cotidiana de los hombres, el significado de esas ideas --que hasta entonces no había divulgado y que se basaban en un material recogido en diferentes regiones de Asia, inaccesibles al común de los mortales- como también poner en evidencia los resultados prácticos a los que podrían conducir.

Como consecuencia de esas reflexiones en la terraza del *Grand Café* decidí, pues, correr el riesgo de partir inmediatamente, contentándome con lo que ya tenía preparado.

Hasta me di a mi mismo mi palabra de honor de no trabajar en nada serio desde mi partida de Francia hasta mi regreso, sino comer bien, dormir cuanto pudiera y leer sólo aquellos libros cuyo contenido y estilo estuvieran conformes con el espíritu y carácter de los cuentos de Mulaj Nassr Eddin.

Estaba dispuesto a intentar la aventura porque comenzaba a abrigar la esperanza de que mis alumnos serían capaces ahora de organizar por sí mismos en América, sin mi participación, toda una serie de conferencias y demostraciones.

Uno de los peligros de esa repentina decisión, destinada a la vez a restaurar mi propia salud y a restablecer la situación material de mi Instituto -ese hijo que había concebido a costa de dificultades increíbles, y que apenas comenzaba a vivir una vida independiente-, se debía al hecho de que, para triunfar, tenía que llevar conmigo a cuarenta y seis personas, que tanto allí como en Francia, desde luego, estarían por completo a mi cargo. Ese era el único modo de resolver tan angustioso problema, pero era imposible no darse cuenta que, en caso de fracasar, la situación general se agravaría aún más y hasta podría convertirse en catástrofe.

1 Lo que representa la financiación de una gira por América de cuarenta y seis personas, lo comprenderán sin trabajo algunos de ustedes, que tienen la fiebre de realizar frecuentes viajes por Europa. ¡Y podrían medir mejor la gravedad de esa empresa extravagante si aceptan tomar en consideración el sencillo hecho de que para esos viajes ustedes cambian sus dólares en francos, mientras que yo, por el contrario, tenía que cambiar mis francos en dólares!

Cuando tomé la decisión de partir, tenía por toda reserva los trescientos mil francos que había puesto a un lado en previsión del vencimiento del 15 de febrero, día en que había de firmarse definitivamente el acta de venta del castillo del *Prieuré*. No por eso dejé de gastar ese dinero en el viaje, y me apresuré en organizar nuestra partida.

Mientras me ocupaba de los preparativos necesarios --conseguir los pasajes, pedir las visas, comprar ropa, hacer trajes para las danzas y otras cosas por el estilo- concentré toda mi atención en las clases de movimientos y multipliqué los ensayos que se efectuaban en el *Study House*, por fin terminado.

Observando una vez más cuán molestos se sentían mis participantes por la presencia de espectadores extraños, decidí dar en París, en el “Théâtre des Champs-Élysées”, varias representaciones públicas, precisamente antes de embarcarnos.

Pero por más que me imaginara lo que esta iniciativa de última hora me costaría, estaba muy lejos de prever el abismo al que me arrastraría.

Finalmente, las demostraciones en París, los pasajes del barco, la cancelación de los pagarés más urgentes, el dinero destinado a los que se quedaban en Europa, como también algunos gastos inesperados, engulleron la totalidad de los trescientos mil francos aún antes de la salida.

De manera que en el último minuto me encontré en una situación "super-tragi-cómica": todo estaba listo para la salida y no podía irme. ¿Cómo emprender tal viaje, con tantas personas, sin tener la menor reserva para casos de emergencia?

Esta situación se me presentó en todo su esplendor tres días antes de embarcarnos.

Entonces, tal como me había sucedido más de una vez en los momentos críticos de mi vida, surgió un acontecimiento imprevisto.

Según todas las apariencias, tratábase de una de esas intervenciones que los hombres capaces de pensar conscientemente han considerado siempre como signo de la justa providencia de las fuerzas superiores. En cuanto a mí, diré que este era el resultado, conforme con las leyes de la perseverancia inquebrantable de que un hombre puede hacer gala para que concuerden todas sus manifestaciones con los principios a los que se somete conscientemente a fin de lograr una meta determinada.

Las cosas ocurrieron como siguen:

Estaba sentado en mi habitación del *Prieuré*, buscando una salida a la increíble situación que se había creado, cuando de repente se abrió la puerta y entró mi anciana madre. Había llegado hacía poco, con algunos miembros de mi familia que se habían quedado en el Cáucaso después de mi partida de Rusia. Yo no había conseguido hacerlos venir sino muy recientemente.

Mi madre se acercó a mí y me dio un paquetito, diciendo:

"Líbrame por favor de este objeto; estoy cansada de llevarlo siempre conmigo."

Al principio no comprendí lo que me quería decir y abrí maquinalmente el paquete. Pero cuando vi el contenido, tuve que contenerme para no ponerme a bailar de alegría.

Antes de explicarles lo que era el objeto que, en ese momento desesperado, podría provocar tal emoción en mí, debo decirles que hacía la época en que me establecí en Essentukí, la agitación que se había apoderado de toda Rusia provocaba en el consciente de cualquier hombre sensato el presentimiento de un peligro inminente; por eso había hecho venir a mi anciana madre de Alexandropol para tenerla junto a mí, y cuando algo más tarde emprendí la expedición científica de que hablé, la confié a los que se quedaron en Essentukí.

Por otra parte, en este año de 1918, en el Cáucaso como en toda Rusia, el valor del rublo disminuía de día en día, y todos los que tenían dinero buscaban convertirlo en valores seguros y apreciados universalmente, tales como piedras y metales preciosos, antigüedades, etc. Yo también transformé todo mi capital en objetos de esa clase, que siempre llevaba conmigo.

Pero, la víspera de la salida de la expedición, como el pillaje estaba a la orden del día en todas partes, bajo el pretexto de investigaciones y requisas, y como era arriesgado llevar conmigo todos esos valores, distribuí parte de ellos entre mis compañeros con la esperanza de que, aún en el caso de que no escapáramos al pillaje, alguno de nosotros tendría la suerte de salvar algo. Luego repartí el resto entre aquellos que no podían salir del país.

Entre los objetos entregados a mi madre se encontraba un broche que había comprado a una gran duquesa que tenía una apremiante necesidad de dinero. Al dar este broche a mi madre, se lo recomendé muy especialmente pues tenía mucho valor.

Estaba seguro de que, obligada por la necesidad, debía de haber vendido la joya desde hacía mucho tiempo, o que se la habían robado en el curso de sus continuos desplazamientos, pues cada localidad estaba entonces a merced de una banda de ladrones que no dependían de nada ni de nadie; a no ser que la hubiera sencillamente perdido, lo que hubiese podido suceder más de veinte veces mientras viajaba.

En suma, había olvidado por completo ese broche y la idea de hacerlo entrar en mis cálculos jamás habría podido surgir en ningún recoveco de mi cerebro.

Pero mi madre, cuando le confié el broche pidiéndole que lo guardase con el mayor cuidado, pensó que se trataba de un recuerdo personal muy valioso que debía conservar a fin de poder devolvérmelo. Durante todos esos años lo había cuidado como si fuera la niña de sus ojos, sin siquiera mostrárselo a ninguno de los suyos, llevándolo siempre como un talismán cosido dentro de una bolsita. Y ahora estaba contenta de poder entregar en mis propias manos un objeto que no había dejado de causarle preocupaciones.

¿Pueden ustedes imaginar el alivio que experimenté cuando reconocí este broche y comprendí el partido que podría sacarle?

Al día siguiente, con la joya en el bolsillo, tomé prestado de un amigo, sin vacilar, dos mil dólares, y me llevé el objeto a América, en vista de que en París apenas me ofrecían por él ciento veinticinco mil francos, mientras que según mi parecer valía mucho más, como lo pude comprobar al venderlo en Nueva York.

El señor Gurdjieff interrumpió aquí su relato y, en el silencio que reinaba, se puso a fumar un cigarrillo con la sonrisa que le era peculiar. El señor H... se levantó entonces de su asiento, se acercó a él y dijo:

-Señor Gurdjieff, después de todas las bromas que hizo usted sobre la cuestión material, no sé si esto se debe al orden particular que dio a su relato, o a mi candidez, o a mi sugestionabilidad, pero no me cabe duda de que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para aliviarlo de la carga que usted voluntariamente se impuso.

"Y debo confesar que me siento impulsado a hacerlo por la impresión que experimenté a todo lo largo de su relato de que en esa tarea, que está más allá de las fuerzas de un hombre común, usted se halló hasta ahora absolutamente solo.

"Permítame que le entregue este cheque que representa todo cuanto puedo disponer en este momento. Me comprometo al mismo tiempo, ante todos los que están aquí, a entregarle cada año la misma suma, dondequiera se encuentre y sean cuales fueren las circunstancias."

El señor H... se secó la frente, visiblemente emocionado.

El señor Gurdjieff se levantó a su vez, le puso la mano en el hombro y contemplándolo con una mirada que no se podía olvidar, a la vez bondadosa y penetrante, le dijo simplemente:

"¡Gracias al hermano que Dios me envía hoy!"

Un ejemplo inesperado de la fuerte impresión producida por el relato del señor Gurdjieff es la intervención de cierta lady L..., de paso por Nueva York, que invitada por el señor R..., se encontraba entre nosotros esa noche. Ella declaró de súbito, con mucha sinceridad:

"Señor Gurdjieff, un poco por casualidad asistí a esta reunión y pude escuchar su relato, que me interesó apasionadamente, pues a menudo tuve oportunidad de oír hablar de sus actividades y de las ideas saludables a las que su Instituto ha dado vida; hasta tuve la suerte de ser admitida en una de las demostraciones que usted organizaba cada semana en el Study House en el parque del *Prieuré* y ver con mis propios ojos algunas de sus realizaciones, No le sorprenderá, pues, si le digo que he pensado muchas veces en su trabajo y que siempre he sentido el deseo de serle útil en una u otra forma. Y ahora, después de escuchar el relato de sus esfuerzos y sentir, con toda la intuición propia a las mujeres, la verdad de lo que usted trae a la humanidad, comprendo hasta qué punto su actividad está paralizada por la falta de dinero, ese móvil esencial de la vida de los hombres, y he decidido aportar yo también mi contribución a su obra.

"Si me comparo con la mayoría de la gente, mis recursos son sin duda superiores al promedio y deberían permitirme ofrecerle una suma bastante importante. En realidad, son apenas suficientes para hacer frente a las exigencias de la vida en la forma que corresponde a mi posición social. Me estuve preguntando toda la noche lo que podría hacer por usted y pensé en una suma que poco a poco puse de lado y deposité en un banco en previsión de tiempos difíciles. ¡ En espera de algo mejor, resolví poner la mitad de esa suma a su disposición, sin exigirle intereses, mientras un acontecimiento grave no me ponga en la obligación de recurrir a esos ahorros... pues sólo Dios sabe qué me reserva el porvenir!"

Mientras lady L... expresaba con tal forma sus sentimientos, el señor Gurdjieff la escuchaba con gravedad. Luego le respondió:

"Gracias, muy estimada lady L..., aprecio su franqueza. Y como admito ahora la idea de ser ayudado en la realización material de mi obra, le acepto ese préstamo que me será de mucha ayuda en mis actividades presentes. Como usted aludió al provenir, a mi vez voy a hablarle francamente: puedo predecirle que le devolveré ese dinero dentro de ocho años exactamente, en un momento en que usted, aun cuando gozará de perfecta salud, tendrá la mayor necesidad de lo que constituye hoy, como usted bien lo vio, el móvil esencial de la vida de los hombres."

El señor Gurdjieff guardó silencio por largo tiempo, como absorto en graves pensamientos. De pronto pareció cansado. Su mirada se detuvo en cada uno de nosotros...

.....

Ahora estoy revisando este relato, redactado por mis alumnos, sentado en un café-restaurant de la ciudad de Nueva York llamada *Child's*, en la esquina de la 5ª Avenida y de la calle 56, en las condiciones en que siempre he escrito estos seis últimos años, pues los cafés, restaurantes, clubs o dancings, en razón misma de las manifestaciones contrarias a mi naturaleza e indignas del hombre, que son habituales en ese tipo de lugares, ejercen sin duda alguna una influencia benéfica en la productividad de mi trabajo. Y quisiera referirles un hecho singular, quedando ustedes libres de considerarlo como una pura coincidencia o como el efecto de una providencia sobrenatural: ocurre que, sin haberlo buscado, terminé hoy la revisión de este texto en esta misma ciudad siete años contados día por día desde la noche que acaba de ser descrita.

Para completar este relato diré sencillamente esto: aunque el primer viaje a América fue una empresa arriesgada –si se tiene en cuenta que mi *troupe* estaba formada por gente que no tenía un centavo en el bolsillo y no sabía una maldita palabra del idioma local, que el programa de las demostraciones previstas aún no estaba listo del todo y que, además, había sido imposibles organizar la menor campaña publicitaria-, el éxito de esa gira de representaciones destinada a dar a conocer los resultados del trabajo del Instituto, superó en mucho todas mis previsiones.

Me atrevo a afirmar que si un grave accidente, ocurrido algunos días después de mi regreso a Francia, no me hubiera impedido regresar seis meses después a América tal como era mi intención, todo cuanto había emprendido en ese continente con la ayuda de los que me acompañaban, me hubiera permitido no sólo reembolsar la totalidad de mis deudas, sino también asegurar para el futuro la existencia de todas las ramas

del Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre tanto las que se hallaban en actividad como las que pensaba inaugurar el año siguiente.

Pero...¿Vale realmente la pena hablar de esto ahora?

Al evocar ese período de mi vida, retorna involuntariamente a mi memoria aquel proverbio de nuestro querido Mulaj Nasse Eddin: *¿De qué vale derramar lágrimas al recordar la hermosa cabellera del condenado a muerte?*

Mientras escribía estas últimas palabras, alguien vino a sentarse a mi mesa. Todos mis amigos conocían la condición impuesta a cualquiera que deseara hablarme, o sea la de esperar que haya terminado de escribir y que sea yo mismo quien inicie la conversación. Dicho sea de paso, aunque esta regla fue siempre respetada, sin embargo sentí muy a menudo que aun cuando se conformaran escrupulosamente con lo establecido, algunos rechinaban los dientes como si estuvieran prontos a ahogarme en una cucharada del último remedio de moda. Cuando terminé de escribir, me volví hacia el recién llegado y desde las primeras palabras que me dirigió se desencadenó en mí toda una serie de reflexiones que me llevaron a una decisión categórica.

Si aquí me abstuviera de hablar de esa decisión y de las reflexiones que las originaron, eso equivaldría verdaderamente a actuar en menosprecio de todos los principios fundamentales cuya huella puede seguirse como si fuera una línea roja a todo lo largo de ese relato.

Para comprender bien mi situación momentánea, es preciso saber que la persona que había venido a sentarse a mi mesa no era otra que mi socio secreto en mis negocios de antigüedades. Digo "secreto" porque nadie, aún entre mis allegados, conocía ese tipo de relación.

Había trabado relaciones con él hacía seis años, varios meses después de mi accidente. En esa época aún estaba muy débil físicamente, pero mi facultad habitual de pensar volvía gradualmente a funcionar y comenzaba a considerar en toda su desnudez mi situación material, debida en parte a los enormes gastos del viaje a América, en parte a los gastos ocasionados por las graves enfermedades de mi madre y de mi esposa. Como esa prolongada permanencia en cama se convertía para mí en un tormento cada vez más insoportable, empecé a viajar en automóvil para tratar de atenuar ese sufrimiento con impresiones variadas, y también para tratar de descubrir algún asunto comercial que fuera compatible con mi estado del momento.

Acompañado por aquellas personas que siempre se veían a mi lado, transitaba por todas partes, más a menudo por París, en los lugares frecuentados por los refugiados rusos.

Fue así como un día en uno de esos famosos cafés de París, un hombre se me acercó. No lo reconocí enseguida y sólo durante la conversación recordé haberlo encontrado muchas veces en diversas ciudades del Cáucaso, de Transcaucasia y de Transcaspiana.

Como se había especializado en el comercio de antigüedades y viajaba de ciudad en ciudad, entró en relaciones conmigo porque yo era conocido en Asia como un perito en objetos antiguos y como excelente negociante en alfombras, porcelanas chinas y esmaltes de mosaico.

Entre otras cosas me dijo que había logrado salvar del desastre ruso cierto capital y que, aprovechando su conocimiento del inglés, había seguido su comercio en Europa.

Hablando de sus negocios, se quejó de las dificultades del mercado europeo, inundado de imitaciones de toda clase, y de pronto me preguntó:

-Y a propósito, querido compatriota ¿qué le parecería si se asociase conmigo, por ejemplo para dar informes de perito y evaluar los objetos?

Finamente llegamos a un acuerdo que me obligaba a participar por cuatro años en sus negocios. Antes de comprar en firme un objeto antiguo, debía traérmelo para que yo realizara un informe de tasación. Si esto no modificaba demasiado el itinerario de los viajes que mis actividades de escritor me obligaban a emprender, iba a ver los objetos en el lugar donde se hallaban y le daba a conocer mi opinión de la manera convenida por anticipado.

Las cosas siguieron así por algún tiempo. Él pasaba todo el año recorriendo Europa, descubriendo y comprando toda clase de piezas raras que traía aquí, a América, donde las revendía a los anticuarios sobre todo en Nueva York. En cuanto a mí, no actuaba sino en calidad de experto.

Sin embargo, el año anterior, en momentos en que la crisis de mi situación material llegaba a un punto culminante, como este negocio seguía marchando bien, ya que se habían hallado numerosas posibilidades de venta y como Europa rebosaba de mercancías de ese género, se me ocurrió la idea de servirme de este comercio para restablecer mis finanzas.

Resolví, pues, ensanchar al máximo la escala de las operaciones manejadas por mi socio.

A partir de entonces, en lugar de permitirme algún descanso antes y después de mis cansadores viajes, tal como había acostumbrado hacerlo los últimos años, tuve que consagrar todas mis horas disponibles a pedir dinero en préstamo a diferentes personas que confiaban en mí y con quienes mantenía relaciones por una razón o por otra. Después de conseguir en préstamo una suma de varios millones de francos, los invertí totalmente en el negocio.

Alentado por el desarrollo de nuestra empresa y la perspectiva de ganancias sustanciales, mi socio había trabajado sin escatimar sus esfuerzos para procurarse mercancías, y tal como fue convenido, llegó a América con toda su colección, seis semanas antes que yo.

Desgraciadamente, la crisis general había estallado mientras tanto, y como afectaba particularmente ese ramo, no podíamos contar con ninguna ganancia, ni siquiera esperar recuperar nuestro capital. Era precisamente esto lo que él había venido a decirme.

¿Qué términos debería yo emplear para describir esta situación inesperada, cuando ya dije que la crisis del año pasado había alcanzado su “punto culminante”?

No podía encontrar una expresión mejor que un proverbio de Mulaj Nassr Eddin que de pronto me vino a la memoria:

“Que una hija calva les haya nacido a la decana de la ciudad y a ese pícaro de Mulaj, no es motivo para gritar que hubo milagro. Pero que una cabeza de elefante y una cola de mono broten del cuerpo de una pulga, eso sí que sería sorprendente.”

Pues, para comprender por qué mi situación material pasaba entonces por esa crisis, no es necesario salir de una escuela superior.

El año pasado, cuando tomé la decisión de desarrollar en gran escala mi comercio de antigüedades en América, calculaba que los beneficios debían permitirme no sólo liquidar todas mis deudas acumuladas, sino también publicar, sin tener que depender de nadie, la primera serie de mis obras, que pensaba haber terminado para ese entonces, y dedicar todo mi tiempo a la segunda serie. Desgraciadamente, esta imprevista crisis americana me hunde hoy, como diría Mulaj Nassr Eddin, *en un chancho tan profundo que apenas si de vez en cuando me llega un rayito de luz.*

Durante seis años, para ser capaz de preparar el material destinado a las tres series de libros que tenía pensado escribir, debí en todo tiempo y en todo lugar, en todas las condiciones y circunstancias, acordarme de mí mismo y recordar la tarea que me había fijado –tarea mediante cuyo cumplimiento quedaría y quiero todavía justificar la meta y el sentido de mi vida. Tuve que mantenerme sin desfallecer a través de los más variados sentimientos, en un nivel de actividad interior de extrema intensidad, a fin de “no identificarme” con nada. Tuve que oponerme, mediante una actitud despiadada hacia mí mismo, a todo cambio en el desarrollo automático de las asociaciones mentales y emocionales correspondientes a los temas de pensamiento que me había fijado para ese período. Tuve finalmente que esforzarme por no omitir ni abandonar nada que pudiera relacionarse, corresponder lógicamente o contradecir alguna de las innumerables series de ideas distintas cuyo conjunto constituye la substancia de mis obras.

En mi preocupación por exponer mi pensamiento en una forma accesible a los demás, mi concentración psíquica llegaba en ciertos momentos a un grado tal que, durante un tiempo excepcionalmente largo, solía olvidar hasta mis necesidades más esenciales.

Pero lo que había de más objetivamente injusto y más doloroso para mí, era que durante esos períodos de concentración interior de todas mis fuerzas, con el fin de transmitir a los hombres un conocimiento verdadero, debía a menudo desprenderme de ese estado, y al precio de mis últimas reservas de energía, acumuladas con gran esfuerzo durante breves intervalos entre los momentos de trabajo intenso, elaborar complicados planes para diferir un pago o cancelar algunas deudas.

En el curso de esos seis años, me cansé hasta el agotamiento, y esto no a fuerza de escribir, rehacer lo escrito y aportar nuevos cambios a las pilas de manuscritos depositados en el sótano especialmente arreglado para mis archivos, sino a fuerza de dar vueltas y más vueltas en mi cabeza a toda clase de combinaciones destinadas a posponer la cancelación de las deudas que aumentaban sin cesar.

Hasta ahora, cada vez que para cumplir mi tarea tenía necesidad de esta ayuda tan bien concretada por la palabra “dinero”, y no la encontraba aún me era posible resignarme, pues comprendía que el alcance real de mis diferentes actividades no podría ser reconocido por todos. Pero después de lo que realicé en estos últimos seis años, y ahora que mi meta llega a ser evidente para todos, no tengo la intención de resignarme a ello por más tiempo, y estimo, al contrario, con toda tranquilidad de conciencia, que tengo derecho a exigir de cada uno de los que se me acercan sin distinción de raza, creencia, ni de situación material o social, que cuida como a la niña de sus ojos, que mi fuerza y mi tiempo puedan ser reservados a las actividades que corresponden al verdadero sentido de mi individualidad.

Para volver a la decisión categórica que tomé después que mi socio secreto salió del *Child's*, he aquí en qué consiste: mientras yo esté aquí, entre gente que no ha sufrido las consecuencias catastróficas de la última gran guerra, y que hoy me arrastran, claro está que sin desearlo, a sufrir pérdidas considerables, quiero empero una vez más, por mí mismo, solo, sin que otros tomen la iniciativa (y naturalmente sin recurrir a ningún medio que algún día pueda suscitar en mí remordimiento de conciencia), servirme de ciertas facultades, cuyos datos se constituyeron en mí por la educación correcta que recibí en mi infancia, para adquirir una suma de dinero que me permita a la vez liquidar todas mis deudas y regresar a casa, en el continente de Europa, para vivir a cubierto de la necesidad durante dos o tres meses.

Al demostrar una vez más por la práctica la verdad de las ideas expuestas en el relato que acabo de revisar, habré merecido experimentar otra vez la más alta satisfacción que al hombre otorga Nuestro Padre Común – antaño definida por el sacerdote egipcio, que fue el primer maestro de San Moisés como *satisfacción de sí mismo engendrada por el cumplimiento ingenioso de su propia meta dentro de la certidumbre de una conciencia pura.*

Hoy es 10 de enero. Dentro de tres días, según el calendario de antiguo estilo, se celebrará el Año Nuevo, a medianoche, hora memorable para mí por ser la de mi venida al mundo. Ahora bien, según una costumbre establecida desde mi infancia, a partir de esa hora, comencé siempre a conformar mi vida a un nuevo programa, basado invariablemente sobre un principio bien definido, que es el de acordarme de mí mismo lo más que pueda en todo, con el fin de dirigir voluntariamente mis manifestaciones, así como mis reacciones

ante las manifestaciones de los demás, de una manera tal que me permita alcanzar las metas escogidas por mí para el año venidero.

Para este año me fijaré la tarea de concentrar todas las facultades presentes en mi individualidad a fin de ser capaz, desde ahora hasta mi salida, fijada para mediados de marzo, de reunir honradamente por mis propios medios, la suma que necesito para liquidar todas mis deudas. A mi regreso a Francia, me pondré de nuevo a escribir, pero con la única condición de estar libre en el futuro de toda preocupación material y de poder establecer mi modo de vida en cierta escala.

Si a pesar de esto, por una razón cualquiera no logro cumplir la tarea que me he impuesto, me veré obligado a reconocer el carácter ilusorio de todas las ideas expuestas en este relato, así como las extravagancias de mi imaginación, y fiel a mis principios, ir a refugiarme con el rabo entre las patas, como diría Mulaj Nassr Eddin, *en el más profundo de los chanclos que jamás hayan sido calzados por pies sudados*.

Y si así fuere, tomaré la decisión categórica de no publicar sino los textos cuya revisión acabo de terminar, es decir la primera serie de mis obras y dos capítulos de la segunda: dejar de escribir para siempre y una vez de regreso a casa encender bajo mis ventanas una enorme fogata en medio del césped para arrojar allí, caiga como caiga, todo el resto de mis escritos.

Después de lo cual comenzaré una nueva vida sirviéndome de las facultades que poseo, para satisfacción única de mi egoísmo personal.

Ya se esboza un plan en mi cabeza loca para mis futuras actividades.

Me veo organizando un nuevo Instituto con numerosas sucursales, esta vez no para el *Desarrollo Armónico del Hombre*, sino para el aprendizaje de medios inéditos de autosatisfacción...

Y pueden creerme, un negocio como éste siempre marchará sobre ruedas.

FIN

\* \* \*